

Trabajo Fin de Grado

Estudio sobre la vida y obra de Luciano Gracia Bailo
Study about Luciano Gracia Bailo's life and work

Autor

Laura Sanz Ruiz

Director/es

Antonio Pérez Lasheras

Facultad de Filosofía y Letras
2019/2020

Resumen: En el presente trabajo se realiza un estudio profundizado acerca de la vida de Luciano Gracia Bailo así como un análisis sobre la temática y simbología de su obra completa. Para realizar el siguiente estudio me he basado en diferentes fuentes. En lo relacionado a su biografía y aspectos importantes de su vida he consultado varios artículos de diferentes revistas como son *Rolde* o *Andalán* y el periódico *Heraldo de Aragón*. Para realizar el estudio en lo relacionado con su poesía he utilizado principalmente la *Antología de Poesía aragonesa contemporánea* (Pérez, 1996), la colección edición facsímil de *Poemas* (J.L. Melero, A. Pérez 1990) así como la obra completa de Luciano Gracia Bailo, *A Isabel verso de piedra. Como una profecía* (L. Gracia 1968), *Hablan los días* (L. Gracia 1969), *Vértice de la sangre* (L. Gracia 1974), *Creciendo en soledad* (L. Gracia 1978), *Poemas recobrados y Huellas de ceniza* (L. Gracia 1982), *Cuando la luz asoma* (L. Gracia 1987) y *Eslabones de sombra* (L. Gracia 1988).

Palabras clave: Luciano Gracia, biografía, poesía, Niké, sangre, luz, soledad, muerte, dolor, elementos.

Abstract: In the present work an in-depth study of Luciano Gracia's life is carried out, as well as an analysis of the theme and symbolism of his complete work. To carry out the present study different resources have been used and based on. Regarding his biography and important aspects of his life, several articles from different magazines such as *Rolde* or *Andalán* and the newspaper *Heraldo de Aragón* have been consulted. In order to carry out the study in relation to his poetry, I have made use of some other resources, specially of *Contemporary Aragonese Poetry Anthology* (Pérez, 1996), the collection facsimile edition of *POEMAS* (JL Melereo, A. Pérez 1990), as the complete work of Luciano Gracia Bailo, *A Isabel verso de piedra. Como una profecía* (L. Gracia 1968), *Hablan los días* (L. Gracia 1969), *Vértice de la sangre* (L. Gracia 1974), *Creciendo en soledad* (L. Gracia 1978), *Poemas recobrados y Huellas de ceniza* (L. Gracia 1982), *Cuando la luz asoma* (L. Gracia 1987) and *Eslabones de sombra* (L. Gracia 1988).

Key words: Luciano, biography, poetry, Niké, blood, light, loneliness, death, pain, elements.

ÍNDICE

- **Biografía.**
 - 1.2 Incursión en el mundo de la poesía.**
 - 1.3 Etapa de edición.**
- 2. Trayectoria poética.**
- 3. Análisis de la poesía de Luciano Gracia.**
 - 3.1 Métrica y rima en la poesía de Luciano Gracia Bailo.**
 - 3.2. Análisis de la temática en la poesía de Luciano Gracia Bailo.**
 - 3.3 Utilización de los símbolos “luz, sangre y los cinco elementos” en la poesía de Luciano Gracia Bailo.**
- 4. Conclusiones.**
- 5. Bibliografía.**
- 6. Anexos.**

- **Biografía.**

Luciano Gracia era una persona humilde, de ternura extraordinaria, consagrado a la poesía, educado, pero sobre todo, lleno de amor y solidaridad. Pudo decirse que vivía como escribía, a golpes de corazón. Nació en Cuarte de Huerva un 11 de julio de 1917 y murió en Zaragoza el 28 de octubre de 1986. Era un niño extremadamente curioso, atraído por las letras y las rimas, marcado desde muy pequeño por el dolor, que será el eje constante de su vida.

Gran parte de su existencia transcurre en la capital aragonesa, donde se formó e instruyó como autor, a pesar de ello siempre mantuvo una relación muy estrecha con su pueblo natal. Fue tipógrafo de profesión, poeta por vocación y uno de los grandes promotores de la poesía aragonesa desde la década de los sesenta a la de los ochenta. Miembro de la OPI y contertulio del Niké, pero sobre todo apasionado escultor de poemas, donde plasmaba su amor por la poesía. Luciano fue un hombre profundamente bueno, amaba a su familia y amigos por encima de todo, sentía amor por las cosas sencillas que lo rodeaban, pero a su vez desgarrado y sumido en una tristeza vital que transformaba en la rotunda belleza de sus poemas.

Para poder entender a este ferviente escritor y poder descifrar una de las razones de porqué sangraban sus versos, hay que remontarse a su infancia, puesto que la niñez de Luciano no fue nada fácil.

El poeta de Cuarte fue engendrado en Argentina, puesto que sus padres vivían por allí en ese entonces, juntos a sus otros dos hijos, Amado Pedro y Esperanza, pero cuando su madre estaba embarazada emprendieron de nuevo rumbo a España a probar fortuna, instalándose en el pueblo vecino de la capital aragonesa¹. «Mis ocho primeros años los viví en el tejar, a las orillas del Huerva, donde mi padre tenía un negocio de tejas y ladrillos» (Estevan, 1981). Allí pasó sus primeros diez años de vida, corriendo por las riberas del río, paseándose por el tejar del que su padre era propietario y soñando en lo que él llamaba las cataratas del Niágara, que no eran sino unas gradas del propio río, lugar que más adelante se convertiría en un espacio recurrente en los poemas de Gracia. Esta quijotesca infancia se ve truncada por la desgracia que asola a su familia; cuando Luciano tenía alrededor de diez años, su familia tiene que trasladarse a Zaragoza, abandonando su pueblo al que tan vinculado se sentía, dejando atrás sus recuerdos, su familia, para emprender una nueva vida; este será el detonante que marca

¹ La decisión de volver a España fue motivada, por lo visto, por una fuerte intuición del padre, quien había soñado que su padre, el abuelo de Gracia, iba a morir.

la vida de Luciano, pues a partir de ahora deambulará de un sitio a otro sin encontrar un rumbo fijo. Su familia se arruinó, ya que su padre tuvo que «malvender» según Alonso según Alonso (1983: 49), su hogar y la fábrica de ladrillos, o el Tejar como lo llamaban, de la que era propietario para poder costear los gastos médicos de su mujer, aquejada de una progresiva parálisis cerebral que le provocará la muerte poco tiempo después en el hospital de la capital aragonesa². La muerte de la madre de Gracia marcará de por vida al poeta y será el detonante de su tristeza, que tiempo después se verá reflejada en sus versos. Tras la muerte de su madre, su padre, Luciano Gracia también, al verse arruinado, viudo y con tres hijos, decidió pedir ayuda a unos familiares que por aquel entonces vivían en el Casco Antiguo de Zaragoza. «Vivíamos en la calle del Ciprés cuando nos quedamos todos al cuidado de mi hermana mayor por haber muerto mi madre» (Estevan, 1981), dice Gracia. Se sabe que en algún momento, Luciano (refiriéndome al padre del poeta) decidió internar a sus tres hijos en el Hogar Pignatelli; allí pasaron alrededor de tres años, aunque dichos datos no se conocen con exactitud.

Su padre comenzó a trabajar como oficinista en la imprenta Eduardo Berdejo Casañal, y es en este momento cuando Luciano comienza a sentirse atraído hacia las letras, pero no es hasta los 14 años, momento en el que abandona la escuela, cuando puedo entrar como aprendiz en la imprenta, pasando por todos los puestos de trabajo, habiendo intentado antes ser novillero, tras varias capeas fallidas. Luciano Gracia comenta:

Con catorce años comencé a trabajar en el oficio que hoy mismo mantengo, el de impresor, en la imprenta de Eduardo Berdejo Casañal. La guerra interrumpió mi juventud. Afortunadamente no tuve el menor percance y cuando terminó aquella locura quise quedarme en la editorial Espasa Calpe, pero aún tardarían muchos años en abrirla de nuevo (Estevan, 1981).

Su padre se casó de nuevo con otra mujer, la cual tenía dos hijas, una de ellas Tecla Gil (más conocida como Elena) que sería la futura mujer de Luciano, siempre silenciosa y sobrellevando las diferentes depresiones y los vaivenes del autor, con ella tendría al amor de su vida, su hija María Elena.

Como ya se ha nombrado anteriormente, la vida de Luciano estuvo constantemente truncada por las desgracias y el sufrimiento, y la felicidad que sentía por poder dedicarse a las letras en su trabajo se vio interrumpido por la contienda de la

² Recientemente ha aparecido otra versión de los hechos, que me parece importante destacar, ya que según Marín Uriol, aunque los gastos médicos intervinieron en la decisión de vender la empresa, lo que provocó la ruina económica familiar fue que «unos personajes del pueblo [...] conocidos como los Camorras le embargaron el tejar» al padre del poeta.

Guerra Civil Española; a la edad de veinte años Luciano es llamado para incorporarse al ejército en el bando de los rebeldes, y aunque siempre sintió simpatía por los leales, no tuvo suficiente coraje para cambiarse de bando, él mismo admitió, «me faltaron cojones para pasarme al otro lado como hacían algunos de mis compañeros» (Alonso, 1983: 50).

La guerra lo situó en los frentes de Madrid, Extremadura y Jarama, entre otros. Poco más se sabe de esta época, el autor describe que vivió situaciones estremecedoras que le hicieron ver los actos más bajos y humillantes del ser humano, el propio Luciano dijo sobre esta etapa, «De la guerra guardo un recuerdo horrible, horrible...» (Alonso, 1983: 50). Cabe destacar que Luciano era un hombre de izquierda combativo, estuvo presente en el nacimiento del PSA (Partido Socialista de Aragón); y junto a José Antonio Labordeta y Emilio Gastón, estuvieron en dicho partido en los tiempos decisivos de la transición a la democracia.

Cuando consigue volver a Zaragoza, siendo una persona completamente diferente a la que se fue, se reincorpora en su trabajo en la imprenta³.

Aún sin haberse recuperado psicológicamente del duro golpe de la guerra, la vida vuelve a golpear a Luciano con la muerte de su padre, quien se había jubilado poco tiempo atrás. Seguidamente, hacia la primavera de 1948 —1947 según Alonso (1983) — la imprenta Eduardo Berdejo Casañal cierra sus puertas «La edad, una maquinaria anticuada y el valor del solar» fueron motivos más que suficientes para cerrar el negocio (Gracia Diestre, 2003: 64-65), de esta forma, como bien dice Julio del Pino, los caminos de Gracia y Gúdel se separarán antes de que cuaje una auténtica amistad.

Tiempo después, comenzó a trabajar en las prensas del diario *Heraldo de Aragón* como cajista, cuyo administrador era Ildefonso Manuel Gil, quien años más tarde le ayudará con su labor de escritor y se convertirá en gran amigo suyo⁴.

Luciano, alma inquieta donde las haya, no pudo conformarse con este gran trabajo y cuatro años más tarde, cansado de su laboral rutina, decide presentarse en el despacho de Ildefonso para pedirle un permiso especial y así poder atender unos asuntos familiares, pero lo que realmente quería era emprender un viaje a las Américas, ya que

³ Cabe destacar que fue en esta imprenta donde conoció y trabajó junto a Guillermo Gúdel, quien fue contratado por Berdejo hacia el año 1945, un joven de veinticinco años de edad (dos menos que Luciano), con el que trabaría una gran amistad y que más adelante le abriría puertas en el enrevesado mundo de la poesía aragonesa.

⁴ Como bien apunta Julio del Pino, años después Ildefonso Manuel Gil, uno de los grandes escritores aragoneses del siglo xx, diría de Gracia que «era un buen tipógrafo, cumplidor y de trato muy reservado» (Gil, 1982: 5).

sentía que sus raíces estaban allí. De este modo, se embarca en esta nueva aventura oceánica, pero el destino nuevamente es traicionero y solamente consigue llegar hasta las Islas Canarias, allí es detenido por las autoridades y debe permanecer un mes en los calabozos. El propio Luciano relató años atrás su fallida aventura:

Un día dije en la imprenta que estaba muy deprimido, que necesitaba un par de meses de vacaciones para irme a descansar a mi pueblo. Y sin mayores problemas me los concedieron. Pero lo que verdaderamente hice fue reunirme en Las Palmas de Gran Canaria con un grupo de amigos, comprar con ellos un barco velero e intentar el soñado viaje a América. Inocentes de nosotros, pensábamos cruzar el océano a golpe de viento; y lo hubiéramos hecho de no ser por la mala suerte de que nos detuvo la Guardia Civil un domingo inolvidable en el que no había ni un solo barco en toda la bahía, debido al descanso semanal, salvo el nuestro que fue avistado rápidamente para ponernos a todos en la cárcel durante dos semanas. Era el año 1952. Aún probamos tres veces más la aventura de escapar hacia el Nuevo Continente y otras tantas veces nos falló la operación. De manera que, compungido y decepcionado, puse rumbo de nuevo a la imprenta de «Heraldo» en la que me aguardaba el bueno de Ildefonso Manuel Gil, el cual alabó mi valentía tráfuga, no sin decirme que la Dirección había decidido despedirme (Estevan, 1981).

Gracias a la influencias obtenidas en Zaragoza por las monjas del Internado Pignatelli, que dieron buenos informes de él, lo dejan libre y puede volver a Zaragoza, dejando atrás la idea de viajar a las Américas, aunque este propósito le rondará durante el resto de su vida, acaba siendo una tentativa ilusión. Al volver de este fracasado viaje, volvió a la Imprenta del Heraldo de Aragón, pero la dirección había decidido despedirle, como bien se aprecia en el testimonio del poeta.

Unos treinta años más tarde, cuando Ildefonso Manuel Gil compone el prólogo de *Poemas recuperados* y *Huellas de ceniza* de Luciano Gracia Bailo, relata la aventura y aseguraría que le ayudó a encontrar trabajo tras el desafortunado despido:

Un día me pidió que lo recibiese en mi despacho; me dijo que se iba a vivir a no recuerdo qué país hispanoamericano, hablándome respetuosamente, como desde lejos, aunque yo lo había tratado siempre con el mismo afecto y la misma consideración con que traté a todos sus compañeros [...]. Volvió desengañado de aquel viaje —limitado a las Islas Canarias— y tuvo problemas de empleo que pude ayudarle en parte a resolver, mediante una gestión personal con el encargado de una importante imprenta zaragozana (Gil, 1982: 5).

Así pues sin trabajo, sin un ahorro en el bolsillo, y con una mujer y una hija, en 1956 decide poner en marcha un fracasado estudio fotográfico en la esquina de la plaza del Portillo, que tiene que acabar traspasando ya que no tenía ningún tipo de formación sobre fotografía. Posteriormente trabaja como representante comercial de todo tipo de

productos: «pasa por vender vinos del Priorato, puntillas, bragas, calzoncillos de fabricantes catalanes... y hasta jabón para lavadoras» (Alonso, 1983: 50).

Finalmente, es conocedor de que la Imprenta Provincial⁵ convoca varias plazas a oposición, y es alrededor —de la segunda mitad de 1955 según Julio del Pino, 1956 como pronto según Crespo (1983: 50) y 1957 según Pérez (1990: 16)— cuando Luciano aprueba las oposiciones y consigue entrar a trabajar en dicha Imprenta como cajista, ajustando los tipos de publicaciones institucionales como el Boletín Oficial, entre otras cosas⁶. Este trabajo supondría el fin de su búsqueda laboral, ya que permanece en esta imprenta hasta 1982 que decide jubilarse; aunque continuaría con su labor personal de editor y escritor.

Entre tanto, decide fundar su pequeño taller tipográfico del que era copropietario, junto a Juan Uriol Ortega, un compañero de profesión, llamado «Gráficas los Sitios», situado en la calle Casta Álvarez N.º 50, en el barrio de San Pablo. En este lugar era donde se reunían todos los poetas del grupo, como Labordeta, Pinillos, Gómez o Gúdel (Alonso, 1983: 50), y en el que se imprimirían importantes títulos que marcarían un antes y un después en el panorama de la poesía aragonesa⁷. En medio, un viaje a París, junto al poeta Guillermo Gúdel, para empaparse de un oscuro Baudelaire y visitar el cementerio de Montmartre, donde yacen los restos de su amado César Vallejo.

En 1981, a los 64 años de edad, le detectan cáncer de estómago, afortunadamente pudieron operarle, alargándole la vida cinco años más. Sin embargo, muere el 28 de octubre de 1986 en Zaragoza tras no poder superar dicho cáncer, el cual había vuelto a reproducirse.

Cabe destacar el hecho de que un pueblo honre a su poeta es significativo, pues Cuarte de Huerva lo hizo así con Luciano Gracia, a quien vio crecer correteando entre las orillas del Huerva, con una hermosa plaza que lleva su nombre: «Plaza Poeta

⁵ Los talleres de aquel Hogar Pignatelli que lo acogió y educó en uno de los momentos más duros de su vida, cuando su padre se quedó en la quiebra y no podía mantener a sus tres hijos.

⁶ Como bien narra Julio del Pino, allí se reencuentra con nada más y nada menos que Guillermo Gúdel. Resulta que el año anterior, en el 54, Gúdel había logrado también su propia plaza de corrector en los talleres (Gracia, 2003: 88-89, 206). El agradable reencuentro enseguida les hace interesarse mutuamente sobre el estado de su compartida afición a la poesía, y es entonces cuando Gúdel trata de alimentar el gusanillo lírico de Gracia, prestándole libros de autores como Miguel Hernández para que se decidiera por fin a escribir poesía de una forma seria y decidida (Gracia, 2003: 96, 206).

⁷ Alonso asegura que a la imprenta de Gracia y Uriol no le faltaban encargos y trabajo que hacer, ya que «si repasamos los pies de imprenta de casi todos los poemarios que a partir de los años cincuenta se han producido en esta ciudad de Zaragoza, observaremos que la mayoría han sido impresos en su imprenta» (Alonso 1983: 51).

Luciano Gracia Bailo». Previo al homenaje, tuvo lugar la celebración de un acto en el que hablaron y homenajearon diversos poetas aragoneses a nuestro autor, entre ellos, Miguel Luesma, Benedicto Lorenzo de Blancas, Emilio Gastón, José Otal, Alfonso Zapater, Clemente Alonso y Jesús Buil⁸. José Antonio Labordeta cuenta una anécdota sobre el acto:

Estuvimos los amigos y le dijimos: «Luciano, ya eres inmortal». Y se ponía colorado y orgulloso. Colorado porque siempre fue así; orgulloso porque le gustaba que el día que él faltase del mundo ese recuerdo sirviese para orgullo de su hija, a la que amaba con verdadero amor, y a su nieto, que en los últimos días era su mejor consuelo.(J. Antonio Labordeta 1986: 24).

Luciano fue, ante todo, un hombre bueno, solidario, en ocasiones mitómano, enamorado de su familia y de sus amigos, pero sobre todo de la poesía. Castigado por la vida desde su niñez, castigo que le perseguirá de forma enfermiza hasta su fallecimiento. Si algo se puede decir de Luciano es que la sangre que corría por sus venas quedó plasmada de manera excepcional en sus versos.

1.2 Incursión en el mundo de la poesía.

El 23 de mayo de 1940, a unos metros de la imprenta Berdejo Casañal, en la antigua calle Requeté Aragonés de Zaragoza, abriría sus puertas el café Niké, lugar que unos años más tarde, hacia 1950 y 1960, y en el marco de la tertulia literaria aragonesa, quedó conformado un grupo poético, dirigido por Miguel Labordeta y Manuel Pinillos, grupo que con el tiempo ha quedado definido como «Grupo de poetas del Niké», aunque también se le atribuyen otras denominaciones como son «Grupo OPI-Niké» o «Tertulia del Niké»⁹. De este modo, el café «Niké» fue un lugar para la historia cultural de Zaragoza, puesto que dicho grupo se reunía algunas tardes para debatir y conversar acerca de la poesía de su tiempo, aunque la mayor parte de las veces, se trataba tan solo de una reunión de amigos. Así pues, nace una nueva promoción poética.

A lo largo de esas dos décadas, la voz de dichos poetas pudo ser escuchada en las tribunas y foros zaragozanos, fomentando la curiosidad y el interés de muchos jóvenes estudiantes de su tiempo, así pues asentaron las pautas para sucesivas generaciones poéticas.

⁸ Alcalde de Cuarte en ese momento.

⁹ Llamado, además, «Peña Niké» de forma familiar por los integrantes.

Estos poetas no solo cumplieron un compromiso social y cultural, sino que fueron conformando diferentes personalidades poéticas individuales, que, avanzando en el tiempo, no solamente serían de gran importancia en el marco aragonés sino que sobrepasarían las fronteras autonómicas para ser reconocidos por el ámbito nacional.

De esta forma, el «Grupo del Niké» pasará a ocupar un sitio relevante en la poesía española, otorgando unos valores significativos a la poesía aragonesa.

Estos son los catorce nombres por los que estaba compuesto el grupo: José-Ignacio Ciordia, Fernando Ferreró, Emilio Gastón, Julio-Antonio Gómez, Luciano Gracia, Guillermo Gúdel, José-Antonio Labordeta, Miguel Labordeta, Benedicto Lorenzo de Blancas, Miguel Luesma, Manuel Pinillos, José-Antonio Rey del Corral, Raimundo Salas y Rosendo Tello.

Como ya se ha mencionado anteriormente, Luciano Gracia fue uno de los integrantes del Grupo de Poetas del Niké. Fue de los últimos en incorporarse, sin embargo llegó a ser uno de los más significativos puesto que realizó una ingente labor en una triple dimensión: como editor, como componente del grupo y como creador.

La entrada al grupo de Luciano se da de la mano de su buen amigo Guillermo Gúdel, cuando coinciden, por segunda vez, en la Imprenta Pignatelli. No obstante, y como bien dice Julio del Pino, la timidez de Luciano no lo acostumbra, en un principio, a frecuentar el café y su tertulia si no es en compañía de su colega¹⁰. De esta forma, se puede deducir que la entrada al grupo de Luciano se da en torno a 1955-1956; sin embargo Benedicto Lorenzo de Blancas aún retrasa dicha llegada hasta 1958:

A ese año pertenece la primera muestra editorial que de Luciano poseo. Se trata de un poema de José M. Alfonso, en tarjetón doble, con ilustraciones de Julio A. Gómez, que contiene un «Mensaje de Primavera». Conservo el sobre del envío, que lleva la dirección de Luciano y el cuño de correos con fecha 14 de febrero de 1958 (Lorenzo de Blancas, 1986).

Cuando Gracia pasa a formar parte del grupo, estaban casi todos, solamente faltaban por llegar Miguel Luesma y José Antonio Rey del Corral.

Poco a poco, Luciano comienza a integrarse en este entusiasta y díscolo grupo, forjando amistades que le acompañarán en el resto de su camino y oportunidades que más adelante le abrirán las puertas en un enrevesado mundo poético. Por ello, cabe

¹⁰ Rosendo Tello afirma que su primer encuentro con Gracia fue en la calle, junto a Gúdel, cuando este lo llevaba hacia el café (R. Tello, 1986).

destacar el viaje a Madrid de tres días que realizó en 1958 junto a Julio Antonio Gómez, Guillermo Gúdel y Raimundo Salas, para encontrarse con Vicente Aleixandre¹¹¹². No solamente gozaron de esta oportunidad, sino que también asistirían a la tertulia que Gerardo Diego presidía en el café Gijón, además de coincidir con Leopoldo de Luis y Ramón de Garciasol¹³.

De este modo queda consagrada una generación que dejará huella en la historia poética aragonesa, tanto por la actividad en grupo de sus integrantes como individual.

Rosendo Tello declara en sus memorias que si «tuviera que resumir el espíritu de Niké con un solo término», sería «entusiasmo» (R. Tello 2008: 303):

Yo tuve la gran suerte de que la libertad que había estrenado, a punto de iniciarse la década [de los 50], coincidiera con el soplo del espíritu entusiasta y libertario que hallé en mis compañeros de Niké.

Nos sabíamos creadores y el amor por la literatura y por la poesía resultaba tan estimulante que vivir era crear y crear era vivir (R. Tello 2008: 303).

1.3 Etapa de edición.

Retomando las tres dimensiones nombradas anteriormente de Luciano, en primer lugar se destaca la del plano editorial, realizando, en este campo, una de las más importantes aportaciones a la poesía aragonesa de ese tiempo.

Su primera incursión en el fascinante mundo de la edición de poesía fue la creación de la revista *Poemas*, que surge en «una forma de materializar el concepto social de su pensamiento: unir sencillez y modestia, bajo presupuesto y, evidentemente, dar cabida y oportunidad a la mayor parte de los poetas» (Gracia Diestre, 2003: 120). Fue publicada en colaboración con Guillermo Gúdel, quien tuvo la idea principal de fundar su propia revista de poesía y al comentarle la idea a Luciano, este acepta participar:

La gran amistad poética que mantenía con Guillermo Gúdel hizo que un día nos decidiéramos a crear una revista. Nos habían dicho que para mantener una publicación de ese tipo se requería un director-periodista, lo cual nos resultaba imposible. De manera que llamando a la revista «Poemas...» de quienes fueran, no se necesitaba un

¹¹ Julio del Pino afirma que mantuvo contacto y correspondencia con varios poetas del Niké, como Gúdel, Gómez o Manuel Pinillos.

¹² Encontramos una fotografía del encuentro con Vicente Aleixandre en el artículo de Alonso (1983).

¹³ Estos tres poetas llegarán a publicar poemarios en la colección *Fuendetodos* que Gómez emprenderá diez años más tarde y de la que Luciano será supervisor.

director titulado. Y con ese nombre se quedó: *Poemas*. La vendíamos a 15 pesetas y sacamos diez números [nueve]. La hacíamos en una imprenta que había puesto yo para mi propio capricho; en ella nos reuníamos todos los poetas de entonces. Por eso, un día, Pinillos, que acudía bastante por allí, me sugirió la idea de que editásemos algún libro en lo sucesivo, ya que el panorama de poetas aragoneses por aquel entonces era muy interesante. Decidimos, pues, que la colección se llamase como la revista (Estevan, 1981).

Aparecieron nueve números, de junio de 1962 a agosto de 1964, todos ellos impresos en Gráficas Los Sitios. En esos nueve números recae la importancia de la revista, pues *Poemas* se convierte en la revista poética aragonesa independiente de más larga duración de entre todas las demás surgidas a partir de 1939. Con sus nueve salidas, supera a sus coetáneas más próximas en el tiempo, *Almenara* apareciendo en cuatro ocasiones, *Orejudín*, con seis números, *Papageno* con dos únicas entregas o *Despacho Literario*, con cuatro.

El número 1 de la revista *Poemas* fue el único dedicado íntegramente a poetas aragoneses, la participación de estos en dicha revista fue constante, algunos nombres más frecuentes fueron: José Antonio Labordeta, Manuel Pinillos, Benedicto Lorenzo de Blancas, entre otros, además de la presencia del propio Luciano Gracia, que publicó su poema «Buscando a Dios» en el primer número y «El grito del hombre» en el tercero. A pesar de ser una revista aragonesa, también se pudo ver la aparición de poetas no aragoneses como fueron por ejemplo: Vicente Alexandre, Gerardo Diego, Gabriel Celaya o Ángel Crespo, siendo una nómina extensísima, lo cual denota el amplio cocimiento que ambos escritores poseían sobre la poesía española del momento. Fanny Rubio, en su libro *Revistas poéticas españolas (1939-1975)*, subrayó el «esfuerzo extraordinario» de los creadores, a fin de cuentas, de la revista de poesía más longeva en Aragón desde la guerra (Pérez, 1990: 20).

Es característico aportar un dato curioso que conocemos gracias a Julio del Pino:

Gracias a los pies de imprenta del n.º 6, de junio del 63, podemos saber que Luciano Gracia utilizaba su propio domicilio como dirección postal del editorial para recibir el envío de originales, y así averiguar que, por aquellos años, vivía en el principal del N.º 12 de la calle Sevilla, en el barrio de Ruisenores¹⁴.

Es indudable el laborioso y delicado trabajo que realizaron estos dos autores por su dilecta revista, puesto que tuvo gran importancia en el panorama aragonés, aunque,

¹⁴La dirección de Gúdel también está presente, Pº María Agustín, N.º 10, A 7ª, una vivienda que pudo solicitar tras aprobar su oposición de corrector.

lamentablemente, no puede decirse lo mismo de su difusión o de la atención prestada por la crítica.

Pinillos se nos cuela por medio —comenta Gúdel—. Ve la revista y le apetece escribir en ella. Él escribe artículos de sus amigos y de sus cosas, y eso nos la encarece cantidad. En los últimos números él se lleva media revista (Gracia Diestre, 2003: 124).

Debido a una escasez económica, la falta de motivación que tenían por entonces los dos amigos autores, el hecho de regalar ejemplares a los amigos y el encarecimiento de la revista, entre otras cosas, hacen que Gúdel pierda la ilusión por dicho proyecto:

Esto obedece a que me cansé un poco. Iba a la imprenta de Luciano, pero él tenía que hacer el trabajo comercial. Y para poner la revista en marcha, al otro socio, nunca le venía bien... Iba por allí y no hacía nada, sólo perder el tiempo (Gracia Diestre, 2003: 125).

En agosto del 64, el mes en que vio la luz el último número de *Poemas*, Gúdel y Gracia publican en *Poesía Española* un artículo, «No hace mucho, *Poemas*» (repr. Pérez, 1990: 44-47). En él se lamentan por la desaparición de la revista, y pretenden señalar y criticar la poca feracidad que la poesía parece tener en nuestro territorio:

Zaragoza —entiéndase la región aragonesa— no vive de espaldas —al menos en la fecha de nacimiento de *Poemas*— a la que se piensa, escribe y realiza en los diferentes lugares del globo [sic]. Hay antecedentes —plausibles por ambiciosos— de que esta ciudad —un tanto esporádicamente— viene asomándose al panorama literario mundial dando la sensación de que tiene cuerda de calidad sólida. ¿Qué pasa aquí, que todo se viene abajo apenas nacido, que hay presagio de abundante lluvia, pero ésta queda reducida a las cuatro gotas que deja caer la nube que se aleja? ¡Quién sabe! ¿Será la falta de medios económicos, carencia de entrega, vocación, medida de fuerzas? El hecho es que caen, se difuminan o aparecen de tarde en tarde algunas publicaciones tan significativas —de la posguerra hasta hoy— como *Pilar*, *Almenara*, *Ansí*, *Despacho literario*, *Papageno*, *Orejudín* y alguna más que no acude a la memoria, todas admirables, pero todas también abocadas al abandono de sus impulsores, rendidas antes de cosechar el fruto de su esfuerzo (Pérez, 1990: 45).

No obstante, su labor editorial solamente acaba de empezar, seguidamente se funda la *Colección de Poemas*¹⁵, dicha idea emerge del autor Manuel Pinillos que, tras ver a su fiel amigo editor entristecido, decide animarle en un nuevo proyecto. De esta forma, en 1963 de nuevo con Guillermo Gúdel, nace dicha colección de libros de poesía, la cual inicia su andadura con la publicación de *Nada es del todo* de Manuel

¹⁵ Luciano Gracia y Guillermo Gúdel, ya en su quinta entrega de la revista *Poemas*, habían anunciado la futura aparición de una colección de libros de poesía homónima y adscrita a la revista.

Pinillos¹⁶, y se alargará veintitrés años más, hasta la muerte del propio Luciano en el 86¹⁷, llegando a publicar más de cincuenta poemarios de un amplio registro de autores, esta vez coartada a autores regionales o locales.

Los once primeros volúmenes se imprimirán en Gráficas Los Sitios de los cuales destacan libro de Albi, Rey del Corral, José Antonio Labordeta, Luesma, y por su anomalía, *Generación del 65. Antología de poetas hallados en la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza*, editado en 1967, que sufrió una censura policial y no llegó a distribuirse, salvándose únicamente dos o tres ejemplares. En esta antología, encontramos poemas de Adolfo Burriel, Ignacio Prat, Fernando Villacampa...; así como el redescubrimiento de Aurora Egido como poeta.

Todos los amigos no dudaron en lanzarse a dicha colaboración, de hecho, muchos nombres sería recurrentes como fue por ejemplo Emilio Gastón, publicando consecutivamente en una ocasión dos libros, o Antonio Fernández Molina.

«Los autores pagaban las ediciones y nosotros cuidábamos de la publicación. Se les entregaba la totalidad de los ejemplares», cuenta Gúdel (Gracia Diestre, 2003: 125).

Resalta la ausencia de Guillermo en toda la colección, exceptuando en los primeros números, aunque bien hemos de decir que Gracia se quedó solo con este proyecto, ya que en 1966 la mujer de Gúdel, Mercedes, enfermó, este hecho produjo que el poeta debiera apartarse de todo lo que no era estrictamente laboral para dedicarse única y exclusivamente a los cuidados y atención que requería su mujer. De esta forma, desde la sexta entrega en adelante Luciano tuvo que continuar en solitario la colección.

Cabe destacar el número 11 —*A Isabel, verso de piedra y Como una profecía*— del mismo Luciano Gracia, publicado en enero de 1968, que será el último de esta etapa¹⁸.

Es en este momento cuando se produce un intervalo de cuatro años en el que no se publicó ningún libro¹⁹, ya que Luciano estuvo dedicado a otro proyecto, sin embargo, es en 1972 cuando se reanuda, con la publicación del número 12 *La pasión o la duda*,

¹⁶ Según Julio del Pino, este tenía varios poemas inéditos en el cajón, y aprovechó dicha andadura poética para su publicación.

¹⁷ Cabe destacar como dato curioso que, cuando se anunció la colección se dijo a los suscriptores que el precio de la misma oscilaría entre las 25 y 35 pesetas, finalmente el volumen de Manuel Pinillos alcanzó las 200 páginas y salió a la venta con un precio de 50 pesetas para los suscriptores y 80 para el resto.

¹⁸ Aunque en él no haya constancia de su pertenencia a la colección, Luciano lo incorporó posteriormente a la misma, y así lo atestigua en el índice de «Poemas» desde siempre, y también la dedicatoria autógrafa que figura en el ejemplar de José Luis Melero, secretario de la colección, a partir de 1983.

¹⁹ Esto se debe a que Luciano estuvo sumergido en su trabajo en la colección «Fuendetodos», creada y dirigida por su amigo Julio Antonio Gómez.

de Ángel Guinda, y con obras posteriores de Rosendo Tello, Mariano Esquillor y Emilio Gastón, entre otros.

Solamente durante un año, 1976, la colección se enlaza a la Editorial Litho Arte, de este trabajo común surgen tres libros, los números 25 (de José Luis Alegre Cudós), 26 (de Carlos Alfaro) y 27 (de Nivara Tejera), pero pronto volverá a recuperará su condición «autónoma e independiente» (Pérez, 1990: 10).

Será el año 1982 uno de los más fecundos, dado que la colección contará con la publicación de siete libros.

Debido a la importancia que empieza a adquirir, a partir del número 48 se crea una Secretaría de Dirección, dirigida por José Luis Melero. Finalmente, aparecerán cuatro libros más, y otros dos en 1985, para cerrarse con el autor José Luis Rodríguez en 1986.

La importancia de la *Colección Poemas* para cualquier intento de aproximación a la poesía aragonesa contemporánea es unánimemente reconocida por todos. Es característico nombrar que, de los quince poetas seleccionado por Ana María Navales en su *Antología de la poesía aragonesa contemporánea*, diez publicaron sus libros en la colección «Poemas».

Luciano Gracia y Guillermo Gúdel realizaron una enorme labor a lo largo de todos esos años con su colección, la cual fue una de las mayores aportaciones al panorama poético aragonés de su tiempo. De esta manera, cabe destacar que, la Colección Poemas es, indudablemente, una de las colecciones más significativas e importantes de aquella época, otorgando a nuestra tierra un orgulloso legado poético.

Anteriormente se ha mencionado la dilación que sufrió la *Colección Poemas* en 1968, a causa del proyecto en el que estuvo ocupado Luciano; dicha labor fue la colección *Fuendetodos* de libros de poesía, llevada a cabo por Luciano Gracia, como supervisor de la misma, y Julio Antonio Gómez. Sin duda, esta colección es el proyecto más ambicioso surgido en Aragón en esas décadas.

Hablar de ediciones Javalambre y su sección poética *Fuendetodos*, es unir su labor a la de nuestro poeta que fue, con Julio Antonio Gómez y Eduardo Valdivia, la mano secreta que llevó adelante una de las más valiosas colecciones que se hayan editado jamás en estas tierras. «Fuendetodos» o «Fuen de todos» (como se iba a llamar). Publicó 18 números.

En ella figuraron notables autores del momento aragonés, como fueron Miguel (en dos ocasiones) y José Antonio Labordeta, Ildefonso Manuel Gil, José Antonio Gómez, y el propio Luciano Gracia, además de importantes figuras del panorama nacional como Blas de Otero, Luis Rosales, Vicente Aleixandre, Gabriel Celaya (en dos ocasiones), Gloria Fuertes y Leopoldo de Luis, entre otros.

La primera entrega será *Los soliloquios* de Miguel Labordeta, que aparecerá en 1969, y su autor apenas pudo ver un ejemplar antes de su repentina muerte, seguidamente *Acerca de las trampas* (de Julio Antonio Gómez), *Cantar y Callar* (de José Antonio Labordeta), *Hablan los días* (del mismo Luciano Gracia) y la última *Función de uno, equis, ene* de Gabriel Celaya en 1973.

Fueron estos dos hombres, junto a Eduardo Valdivia, que proporcionó el nombre de una pequeña editorial dedicada a publicar sus cuentos y que se incorporó más tarde como Director de ediciones, quienes permanecerán al frente de la Colección durante los cinco años de existencia, ampliándose las competencias de Luciano desde el número 11, en el que aparece como Secretario de Dirección, Corrector y Supervisor, hasta el final²⁰. En esos cinco años se editarán dieciocho libros de poesía, más una separata de 100 ejemplares numerados no venales en homenaje a Miguel Labordeta, publicada con motivo de su muerte en 1969.

Fueron libros con un impecable trabajo, cuidando minuciosamente hasta el más mínimo detalle, inclusive los colofones, eran un prodigio de fantasía e imaginación poética. Debido a la riqueza tipográfica que poesía dicha colección y los considerables nombres de diferentes autores a los que tuvieron el placer de publicar, se sitúa en una de las más importantes del momento.

Finalmente, cabe destacar la faceta desinteresada de Luciano en su participación en toda empresa en la que ha tomado parte los componentes del grupo, habiendo participado en numerosas lecturas y recitales, publicando sus poemas tanto en la revista *Poemas* como en otras muchas y habiéndose hallado presente en todos los homenajes, como en los ofrecidos a Miguel Labordeta, a Ramón J. Sender, o a Ildefonso Manuel Gil, entre muchos otros.

²⁰ Por otra parte, podemos pensar que quizás fue esta colección, la oportunidad de Luciano de retomar el contacto con Ildefonso Manuel Gil, ya que lo visitó en «un viaje algo “alucinado”» —junto a Gómez, Ciordia, Valdivia y Joaquín Alcón— en su casa de Daroca en agosto del 70 para tratar, entre otras cosas, los detalles de la edición de uno de sus libros en la colección (Pérez, 1992: 132).

El pertinaz y desinteresado trabajo de Luciano Gracia como animador e impulsor de empresas poéticas en Aragón, constituyó uno de los rasgos más destacados y peculiares de su personalidad, llegando a eclipsar en ocasiones su honda vocación de poeta: Luciano dedicó más tiempo a publicar versos ajenos que a preocuparse por los suyos propios. (A. Pérez 1996: 131).

- **Trayectoria poética.**

A continuación, vamos a adentrarnos en su dimensión de creador. Si bien se preocupaba por las composiciones ajenas, que su destino era la escritura poética era algo patente, así como la elaboración de un universo propio por la fluidez de sus metáforas.

La poesía de Luciano es una manifestación constante de su propia existencia, un reiterado afán por superar la enfermedad, la tristeza, la soledad y huir de la sombra de la muerte que le persiguió desde que inició su andadura y permaneció con él hasta el último aliento de sus versos. Luciano fue un autor que se adentró en el mundo poético con la madurez de quien sólo canta por necesidad vital.

Es muy difícil trazar una trayectoria poética regular en la obra de Luciano, esto se debe a que en tan solo veinte años, entre 1962 y 1982 –los primeros poemas publicados y los últimos- dicho autor, plasmó todo su ser en una existencia ya madura. Por ello, impide el estudio y la sistematización de etapas bien definidas.

Sus primeras producciones se encuentran publicadas a partir de 1963 en la revista *Poemas*, bajo los títulos: *Buscando a Dios*, *El grito del hombre* y *Llamada sin respuesta*. Cabe mencionar, que su primer soneto comienza de la siguiente forma: «Buscaba a Dios y me encontré contigo: / Mi razón y sinrazón, mi poesía», desde entonces se entregará ya sin tregua a la afanosa y fascinante labor de ir construyendo su obra.

Es en 1967 cuando publica su primera obra: *A Isabel verso de piedra. Como una profecía*. Consta de dos poemas: «A Isabel verso de piedra» y «Como una profecía». El primer poema, catalogado en la lírica tradicional de la época, es un soneto bien construido repleto de encabalgamientos con los que trata de lograr una mayor libertad expresiva. Luciano plasma en esta composición las dos constantes de sus posteriores veinte años como creador, el amor y la tristeza, el amor que representa para el autor el único camino de evasión del infierno terrenal que le suponía la vida, y la tristeza como una sombra continua que le perseguirá toda su vida. «Como una profecía» surge como terapia vital en la que el poeta afirma su propia existencia (“Soy soldado del verso y me llamo Luciano”) y en la que plasma su tristeza y melancolía (A. Pérez 1996: 133). Comienza a alejarse de esos metros tradicionales para abordar el verso libre, todavía sin encontrar una composición métrica clara o mejor dicho, propia.

Podría decirse que el punto de partida de Luciano, se da cuando gana el primer premio de poemas de amor en el VI Certamen Poético de los Amantes de Teruel en julio de 1967, con su obra mencionada *A Isabel verso de piedra. Como una profecía*, puesto que desde ese momento en adelante, comienza a dedicarse en mayor profundidad a la tarea de escribir. No se debe ignorar la influencia y ayuda de José Antonio Labordeta a esta apertura de puertas en el mundo de la creación poética, pues fue dicho autor quien se encontraba como jurado de este certamen y abogó por Luciano desde el principio hasta el final.

Seguidamente en 1968, gana el segundo premio del certamen de poesía «Felipe Bernardos», con los poemas citados anteriormente. Esto supone una confortación personal para Luciano, y concretamente para dedicarse a la tarea de la escritura.

Así pues, en 1969, aparece su segunda obra publicada: *Hablan los días*. Encontramos un Luciano más puro, más sincero, pero sobre todo más personal. En *Hablan los días* hallamos una poesía mucho más simbolista, repleta de metáforas que serán la liberación del poeta para expresar sus sentimientos, en los que el punto de partida será la melancolía. Se atisba un acercamiento al realismo social, rozando temas muy destacados como son la existencia personal y colectiva, así como la lucha constante de la liberación de la tristeza y la soledad. Es aquí donde se comienza a percibir la metáfora de la sangre en sus versos, metáfora que dará sentido a toda una obra completa y que se ira acrecentando en la aparición de sus creaciones.

Vértice de la sangre, su tercera obra publicada, aparece en 1974. Es un libro desgarrador y a la vez verdaderamente humano, donde el poeta ahonda en el verso libre repleto de metáforas relacionadas con la sangre pero sobre todo de antítesis, la sangre como medio opresor y a la vez liberador, como vida y también como muerte; se descubre una confusión poesía-vida, así como la obstinada búsqueda del yo. Esta obra supone un asentamiento de la temática de Luciano con mayor precisión expresiva. *Vértice de la sangre* ganó el premio «San Jorge» en 1974.

Luciano publica en 1978 su cuarta obra, *Creciendo en Soledad*. El poeta profundiza en los temas aparecidos en sus anteriores obras pero realizando una depuración personal y poética. Sus versos van adquiriendo una mayor complejidad conceptual y metafórica que no se había observado hasta el momento. El título del poemario nos adentra a una realidad contra la que Luciano lucha constantemente: la soledad, una soledad autoimpuesta. Toma conciencia de que se encuentra solo y la única salvación posible es la rebelión a través del verso.

La última obra publicada en vida por Luciano fue *Poemas recobrados y Huellas de ceniza*. En él se pueden discernir dos partes. La primera parte es una antología seleccionada de toda su obra anterior, un total de veinticuatro poemas que el propio autor recopila, y la segunda parte es un libro autónomo que recoge poemas, en total catorce, que abarcan de 1972 a 1982, donde se limita a componer elegías a diversos personajes. Se trata de un conjunto de textos, donde nuevamente el tema de la muerte vuelve a invadir todos sus versos acaparando todo el protagonismo.

Cuando la luz asoma es el sexto libro de Luciano, publicado y prologado póstumamente por José Antonio Labordeta en 1987 a través de la editorial Endymion, como un reconocimiento y homenaje a este sensacional poeta. La metáfora de la sangre desaparece casi por completo para dar paso a un nuevo eje simbólico: la luz como centro de su expresión poética. En esta ocasión el versista entra en un bucle del que se ve incapaz de salir, en el que advierte, cada vez más cerca, la muerte, pero esta vez es el propio Luciano el que la está esperando.

Para finalizar, *Eslabones de sombra* es el séptimo y último libro. Publicado también póstumamente, fue la Institución Fernando el Católico quien incluyó en su colección San Jorge dicha obra en 1988. Podría entenderse este libro (al igual que *Cuando la luz asoma*) como una despedida del autor, en la que recuerda y revive toda su vida pasada, reconociendo sus errores e incluso justificando sus faltas, se nota un tono nostálgico casi desgarrador a causa de la añoranza por no poder vivir todo lo ya vivido.

El poeta busca constantemente una voz que responda a sus preguntas y le ayude a encontrar la solución, pero pareciese que esta voz es inaudible, Luciano es incapaz de encontrar en sí mismo ese aliento y termina ahogándose en sus propios lamentos, pareciendo encontrar la única solución posible en la escritura de sus versos.

No escribía para un público, era él quien se intentaba encontrar en sus propios versos, muchas veces una búsqueda frustrada. La poesía era una pregunta sin respuesta a todas sus frustraciones y traumas que no le permitían vivir en paz, pero que a su vez era una vía de escape que le permitía tener un poco de imperturbabilidad, para Luciano la poesía era mucho más que poesía, era una antítesis vital, era vida y a la vez muerte, era luz y era sombra. Lo encontramos a él detrás de cada verso, a su sangre que corre por cada uno de sus poemas, a su tristeza y a su dolor, a su agonía existencial.

- **Análisis de la poesía de Luciano Gracia.**

Luciano ha sido uno de los poetas aragoneses que más fervientemente se ha entregado a la poesía, diríase una entrega apasionada y totalizadora, como si deseara expresar su vivencia en constante estado de creación poética.

Luciano se sentía portador y habitante de su propio mundo poético, y en su empeño de llenar y ocupar ese mundo poético, buscó sin descanso las huellas que lo acercaran y lo integraran en el sugestivo espacio total de la poesía hecha o haciéndose historia. (B. Lorenzo de Blancas 1986: 22).

La poesía graciana es la poesía de lo concreto humano, según Tello, el problema personal, agónico de un ser que lucha constantemente contra su pasado y sus recuerdos, por resolver su inherente conflicto humano (R. Tello 1986: 23). Su poesía rebelde, constituye un deseo de solucionar sus propias contradicciones internas. Todos estos sentimientos desgarradores que desangraban a Luciano quedaron plasmados en su poética en una brillante composición de versos metaforizados.

Por ello, se puede decir que hay en la poesía de Luciano una complejidad sensorial que asusta a quien decide envolverse en ella, no se puede destacar una característica concreta, ni englobarla dentro de una corriente única, a menos que sea la de su vocación de poeta, así pues tampoco podemos generalizarla, pero si se puede decir que es una poesía hermética, que nos permite conocer las huellas de Luciano, a través de repetidos símbolos que van apareciendo; como ya se ha dicho, el poeta utilizaba la poesía como medio de evasión, en la que plasmaba sus preocupaciones, delirios, inquietudes y su tormentoso pasado.

El fin de este análisis es conocer profundamente, en la medida de lo posible, a un poeta Luciano Gracia que se desangró por sus versos y su vida, haciendo un recorrido por todas sus obras e intentado ver la evolución que sufrieron.

La bondad de Luciano le llevó a la poesía. Siempre dispuesto a aprender, preguntando modestamente por sus versos, indagando cómo “los otros” engañaban su tristeza. Luciano se desangraba en sus versos por la herida de la vida. (A. Pérez 1996: 131).

Antes de sumergirnos en la obra graciana, hay que destacar que parte del éxito de Luciano y de estos versos, son gracias a sus grandes amigos y compañeros del Niké,

quienes lo alentaron y acompañaron en su carrera literaria. Cabe mencionar la ocurrente cita de Tello, cuando Luciano le leyó uno de los primeros poemas que había escrito:

Por aquel tiempo, los primeros años del 60, me leyó un poema que no permitía sospechar el progreso posterior de su poesía; anunciaba tema y tono, pero no su madurez. Lo situaba en la barra de un bar y se iniciaba con algo parecido a lo siguiente: «Dame vino, camarero, que me voy a emborrachar». Recuerdo que le dije: «Pero si esto parece una canción mexicana...». Reacción inusitada en mí, por lo que pueda suponer de hiriente, y que propició el talante bondadoso de Luciano. (R. Tello 1986: 23).

Analizaremos su poesía desde diferentes perspectivas, por un lado de una forma más objetiva centrándonos en las características formales que engendraron su obra, y por otro desde una visión más subjetiva desgranando sus versos, e intentando entender al poeta y la “pena negra” que le perseguía a través de los temas que desarrolla y la simbología utilizada por el autor.

- **Métrica y rima en la poesía de Luciano Gracia.**

Si hay algo que tenemos que tener claro con la poesía de Luciano, es que no debemos buscar en ella una estricta formalidad. Luciano se dejaba llevar por sus sentimientos, utilizaba la poesía como un mecanismo de defensa para escapar de su cruda realidad y poder sobrellevar sus inquietudes. No se preocupaba por una métrica o una rima perfecta, simplemente se deslizaba por el papel como una hoja movida por el viento, por lo tanto no es raro encontrar una asimetría en los versos de Luciano o una rima indefinida, así como tampoco se debe esperar encontrar una uniformidad entre sus obras. Si es cierto que se observa una evolución y una mayor madurez conforme vamos adentrándonos en sus obras, pero no es el aspecto más importante de esta hermética poesía, sino que lo verdaderamente importante es el fondo.

De esta manera, en primer lugar hay que hablar de *A Isabel verso de piedra*. Como una profecía, ya se ha mencionado que es la primera obra publicada de Luciano²¹. La primera composición es un soneto perfectamente construido dentro de los parámetros formales, todos sus versos endecasílabos, rima consonante y un esquema métrico que corresponde con el siguiente: ABBA / ABBA / CDE / CDE. Esta será la última vez que encontremos en la poesía graciana un juicio tradicional, pues ya en su siguiente poema, *Como una profecía* se aleja de la poesía clásica para introducirse de lleno en el verso libre que abordará toda su carrera, pues no está sujeto ni a una métrica ni a rima fijas.

En *Hablan los días*, a pesar de que nos sigue recordando a procedimientos anteriores, observamos un ritmo más cordial, con un camino más amplio pero todavía sin resolver. En esta obra predomina la rima asonante, y el verso libre continúa siendo protagonista, apoyado en una rítmica que denominaríamos, según Tello²², de base acentual anapéstica: versos de 11, 14, 7 + 11, 11 + 7, 7 + 7, + 7 sílabas y versos menores.

Estas características se siguen observando en su siguiente obra, *Vértice de la sangre*. La rima continúa siendo, en su mayoría, asonante, así como el uso de los versos de 11 y 14 sílabas alternados con versos de arte menor.

²¹ Anteriormente solamente había publicado tres poemas en su revista *Poemas: Buscando a Dios*, su primer soneto publicado, *El grito del hombre* y *Llamada sin respuesta*.

²² R. Tello (1986: 24).

Hasta el momento todavía no podemos adjudicar a Luciano un estilo propio que se diga, sino que se deja llevar, sin preocuparse demasiado, por la complejidad formal de sus versos.

Sin embargo, en *Creciendo en soledad* se advierte una madurez expresiva, se hace patente una mayor preocupación por el lenguaje, si bien las dos primeras obras recuerdan a técnicas anteriores y no encontramos un estilo dichamente propio, aquí se intenta una superación personal, todavía irresoluta, ya que encontramos una fusión de planos temporales, factura sincopada y mayor sangría del verso, en resumen, un desajuste del poema que se produce por la mezcla de prosa y verso así como una pérdida de la rítmica anterior.

La poética encontrada en Luciano de ahora en adelante no sufre demasiados cambios. Persiste la mezcla de verso y prosa en *Huellas de ceniza*, así como la utilización del verso de arte mayor y rima asonante. Podría decirse quizás, que esta es la obra con menos preocupación estética de todas, pues Luciano escribe única y exclusivamente 14 poemas, que adjunta a otros 24 recopilados de obras anteriores.

Es en *Cuando la luz asoma* y en *Eslabones de sombra* donde se aprecia un cambio estético, el poema deja a un lado la utilización del verso para dar paso, en su mayoría, a la prosa²³, por lo tanto, persisten los versos de arte mayor, sin embargo la rima deja de ser asonante, para ser consonante.

²³ Sobre todo en *Cuando la luz asoma*, pues destaca la ausencia total del verso.

- **Análisis de la temática en la poesía de Luciano Gracia.**

La poesía de Luciano es una poesía totalmente autobiográfica, radica en el trauma personal, por ello la temática va a girar siempre en el mismo eje; aunque entre cada una de sus obras haya diferencias estéticas, una mayor madurez personal o un asentamiento de las ideas, los problemas personales, la soledad existencial, la pérdida de su madre y todos los problemas que vinieron detrás²⁴, la angustiosa e indeseada llegada de la muerte, el deseo fracasado de ser escuchado y el constante anhelo de resolver las íntimas contradicciones internas, van a ser la temática de toda la obra poética graciana. Luciano se sentía huérfano por la vida y luchaba constantemente contra la antítesis que sentía, deseaba alejarse de esa reminiscencia. Estos temas angustiosos y existenciales, vamos a poder conocerlos, en su mayoría, a través del uso de metáforas relacionadas con la sangre, y en menor medida con la luz, así como otros muchos símbolos que se quedan en un segundo plano por su subordinación.

Uno de los primeros temas a tratar sería su condición de poeta y lo que la poesía supone para Luciano en cómo lo ayuda a realizar una superación personal. Es en su primera publicación, *A Isabel verso de piedra. Como una profecía*, donde ya deja entrever que desde ese momento en adelante se dedicará por completo a su labor de poeta: «Soy soldado del verso y me llamo Luciano». Aunque este tema no sea uno de los más recurrentes de Luciano, sí aparecerá a lo largo de su trayectoria.

Luciano nunca fue una persona segura de sí misma, ni tampoco tuvo una admiración personal excesiva, y lo deja ver sin ningún tipo de evasivas en su poesía:

Busco en las hojas del laurel
más devoto
los restos de mi brutal naufragio. Los busco
en la maleza donde cantan
y seguirán cantando aún después de mi muerte

(Gracia Bailo, 1978: 43).

Debido a este menosprecio por sí mismo, siempre buscaba el afecto y las adulaciones de la gente que lo rodeaba, esta manera de subestimarse a sí mismo le afectaba en todos los ámbitos, y uno de ellos era en su labor de poeta, es en *Hablan*

²⁴ Fueron siempre un fantasma que atormentó su existencia y no lo dejó vivir en paz.

los días, donde se muestra un Luciano inseguro ante dicha labor «todo lleno de dudas, empiezo, como puedo a escribir este libro de poemas» (Gracia Bailo 1969: 9).

Finalmente, vemos a la poesía nuevamente como un medio liberador, un motor de desahogo que le permite a Luciano liberarse de toda su rabia y su dolor, le da esperanza para seguir hacia adelante:

Cada verso que vivo,
es la herida de España que me duele
y me enciende la sangre [...]
Cada verso que vivo,
es un himno a la vida
y un respeto a la muerte
(Gracia Bailo 1974: 7)

Incluso en algunos poemas, es el propio Luciano quien nos cuenta directamente esta necesidad de extraer sus sentimientos a través de sus versos:

Escribo mis poemas
más hondos cuando sangro.
(Gracia Bailo 1978: 47).

Otro tema con gran importancia en la poética de Luciano, es la pérdida de su madre y lo que supuso este hecho para el autor. La ausencia de la figura materna lo marcó de por vida, y aunque solamente encontremos un poema como tal dedicado a ella en la obra *Eslabones de sombra*, es común apreciar este anhelo a lo largo de toda su trayectoria:

No es mi sangre es tu muerte quien me aflora
y la llevo conmigo y se acomoda donde el cierzo
no frustra el fulgor de la espiga [...]
Adiós, madre, qué trago. Adiós hasta el diluvio.
(Gracia Bailo 1988: 67).

Todos estos sentimientos de inseguridad y desconfianza que atormentaban a Luciano y que se aprecian a lo largo de todas sus obras, vienen desencadenados por este hecho. Por eso es que la poesía graciana brota tristeza, porque Luciano nació para sufrir:

Ya me duele el dolor desde la infancia,
y me duelen los huesos, y me duele la sangre desde entonces.
(Gracia Bailo 1974: 23).

Se deja ver en ella la presencia de un niño asustado y sufrido que anhela la felicidad y aquel tiempo en el que todavía era feliz y no tenía ninguna preocupación excepto la de investigar la naturaleza que tanto le gustaba a ese pequeño Luciano:

Fui creciendo hacia arriba
como crecen los trigos y el deseo,
como crece el dolor. [...]
Si me fuera posible,
madre mía,
abismarme en tus ojos como entonces;
acariciar el trigo,
sumergido en las manos de mi padre;
(Gracia Bailo 1974: 21-22).

A pesar de todo, Luciano siempre se sintió muy arraigado a su pueblo y a sus raíces, cada vez que podía visitaba Cuarte²⁵, ahí todavía le quedan recuerdos bonitos y llenos de sentimientos. Por ello, es común ver la presencia de su legado en su poesía, como es el poema «Cuarte de Huerva» que aparece en su obra *Vértice de la sangre*:

Cuarte, como sonámbulo,
inmerso en la penumbra de la noche,
parece que me escucha cuando grito
y tengo tantas cosas que decirle.
(Gracia Bailo 1974: 25).

Otro tema que adquiere gran importancia en esta poética y que a su vez es muy enrevesado, son el desdoblamiento del yo y el mundo. La poesía de Luciano lo es de la existencia, del vivir y del sufrimiento que enfrenta una doble manifestación: luz/sombra, monotonía, sensación de fracaso. Su deseo de rebeldía, al fin es rebelarse contra sí mismo, un sí mismo castigado, preso de sus propios pensamientos. Toda su poesía se sustenta en los dos ejes centrales que posibilitan su cosmovisión: Yo y Mundo (Tello 1986: 23).

Un claro ejemplo de esta duda existencial es el poema «Buscándome en el agua» de su obra *Eslabones de sombra*. Todo el poema es la incansable búsqueda de

²⁵ Sus sobrinas Rosario, Pilar y Magdalena cuentan que le encantaban las fiestas patronales, a las cuales se llevaba a sus amigos del Niké para disfrutar de ellas.

las respuestas a sus preguntas, Luciano no es capaz de encontrarse a sí mismo, ni de encontrar esa solución, por ello el único fin a esta amarga existencia es la muerte:

Inútil el destierro, cómo otorga,
de la fiebre, rumor o duda, La paz sólo se halla
con la muerte.
(Gracia Bailo 1988: 56).

En relación a esta duda existencial, surge la constante de la soledad, Luciano era un ser que se sentía solo, a pesar de tener una familia y amigos que lo cuidaban y apoyaban, ese sentimiento se apoderaba de él. Podría decirse que Luciano sufría una soledad autoimpuesta, ya que esa era la consecuencia del propio aislamiento que él mismo había decidido utilizar como elemento definitorio de su vida:

Sol ardiente. Dulce otoño encendido
degustando el invierno cada día.
En este atardecer sin alegría
voy a ciegas y solo. Voy perdido.
(Gracia Bailo 1974: 45).

Esta soledad autoimpuesta de la que hablamos, también se da por la necesidad constante de aceptación que Luciano tiene por parte de los que le rodean, ese miedo a sentirse defraudado por sus seres queridos, le provoca una sensación de fracaso y se siente como un ser inaudible:

El aire me abandona. La sombra es nieve eterna.
Decidme, ¿Es que nadie me escucha?
Nada os tengo en cuenta, sabedlo. La mar calla, prisa no tiene.
(Gracia Bailo 1988: 32).

La conclusión a la que llegamos es que Luciano no sabe vivir sin sufrir, ese sufrimiento le atormenta y despedaza por dentro, pero a la vez le hace seguir vivo, su inspiración para seguir creando poesía, para salir adelante superando sus incertidumbres. Él mismo lo deja plasmado en sus versos, el dolor le hace fuerte, le hace sobrevivir a su soledad:

Las cosas que me dañan me hacen fuerte, me hacen
sobrevivir a mi naufragio, a tanta
piedra helada creciendo en mi camino.
(Gracia Bailo 1988: 21).

Luciano se aventuró con esa especie de intimismo con la que juegan los poetas aragoneses. Como bien decía José Antonio Labordeta en el prólogo de

Cuando la luz asoma, en él encontraremos el estremecimiento maduro de un hombre bueno que se deshizo en vida por la propia dureza de la vida. En él encontramos la voz de un hombre que supo asumir su soledad como una verdad generalizada (Labordeta 1987: 10).

Otro tema que no podemos ignorar es el tema del amor. El amor que concluiría con la angustia personal, como salvación de la muerte y huida de la misma. Luciano enfoca este tema hacia su mujer, y no podía ser de otra manera, pues fue la que sobrellevó, silenciosamente, todos estos tormentos que le pesaban al autor y la que calmó y guió los monstruos de Luciano en sus peores momentos, siendo su apoyo y equilibrio²⁶:

Hace un 3 de septiembre que enamora.
La sangre emocionada de lluvia efervescente
va tallando en el polvo del camino
una sinfonía de espigas juveniles y besos
arrogantes. [...]
Volvamos a decorar con gardenias majestuosas
nuestros labios apenas fatigados.
(Gracia Bailo 1978: 63-64).

Finalmente, hay que abordar el tema de la muerte; podría decirse que es el tema que brilla por excelencia en estas obras grácianas que analizamos. Dicho tema lo encontramos en diferentes facetas, y se presenta en diversas situaciones en la vida de Luciano. Si bien es un tema que abunda y recorre cada una de sus obras, hay que destacar una de ellas, y es *Cuando la luz asoma*. Esta obra fue escrita por Luciano poco tiempo antes de morir, él ya sentía la muerte cerca y sabía que no le quedaba mucho tiempo, utilizó estos versos para sobrellevar este sentimiento de agonía que le abrasaba el interior.

Como he dicho, este sentimiento le persigue constantemente, y es en *Vértice de la sangre*, cuando Luciano se encontraba a mitad de su trayectoria poética, cuando comienza a martirizarle:

Y ahora que la vida ya la siento más lejos
y más cerca la muerte —perdonad mi egoísmo—
me hierva un mal moral y unos deseos
de compartir del trigo con vosotros,
de repartir el agua, el sueño y el mensaje,

²⁶ Así lo deja plasmado Luciano en la dedicatoria del poema «DESPUES», perteneciente a su obra *Creciendo en soledad*: “A Elena, mi mujer, mi apoyo y equilibrio”:

y el deshielo violento de la noche.
(Gracia Bailo 1974: 11).

Una de las versiones en las que se presenta, y la más común a lo largo de la literatura, es el temor a su llegada. Luciano, como cualquier ser sintiente, se aferraba a la vida y deseaba eludirla, se resiste a la muerte con fervientemente. Este sentimiento angustioso que le depravaba se puede observar en los siguientes versos:

Quiero sobrevivir por encima del odio, por encima
de la vida, más allá de la muerte.
(Gracia Bailo 1987: 13).

Otra faceta que muestra Luciano frente a la llegada de la muerte es resignación, asume que el fin está por llegar y no puede luchar contra lo único que verdaderamente existe, la muerte. Por un lado observamos esa resignación:

Hincado
de rodillas, viviendo en soledad mi sueño, salúdame la muerte.
(Gracia Bailo 1987: 17).

Y como parte de esa aceptación que está por llegar y poner fin a todo lo vivido, hace una recopilación de lo que desea hacer, o mejor dicho, hagan por él, antes de que llegue su momento:

Adiós digo a la vida.
Dejadme con el resplandor del alba. Busco soles recónditos
de luna o piedra, atenazando
el azul hermosísimo de la noche profunda.
Antes de que la luz se quiebre,
antes de que mis huesos en polvo cristalicen, quiero
restar, cavar mi sepultura,
hacerme con las huellas de los labios (lo grabaré
en la tierra) un oasis de plumas donde duerman los pájaros
y ya todo silencio me abriré en el agua.
(Gracia Bailo 1987: 17).

En este punto cabe destacar la obra *Poemas recobrados y Huellas de ceniza*. La primera parte del libro, «Poemas recobrados» no es más que una recopilación de su obra anterior, sin embargo, la segunda parte del libro, «Huellas de ceniza» está formada por un total de catorce poemas, de los cuales, la mitad son todo elegías a distintos personajes. El propio título del libro ya nos adelanta el mundo lúgubre en el que el autor va a adentrarse. Se trata de un corpus muy limitado, en el que el tema del temor a la muerte parece presidirlo todo (A. Pérez Lasheras 1996: 136):

Va muriendo la tarde. Sólo e milagro de vivir
purifica la sombra.
Purifica los ríos de la sangre. Purifica
el misterio
de la imagen borrosa de la muerte.(Gracia Bailo 1982: 117).

En último lugar, la última fase que adquiere este tema, aunque es contradictorio; pues Luciano siempre muestra un sentimiento de temor ante la llegada de esta, es como medio liberador de esa tristeza que le consume, al final solo la muerte será la que pueda poner fin a tanta amargura y sufrimiento, la única que será capaz de otorgarle a Luciano el éxtasis de felicidad que tanto ansía:

Me pierdo en los guarismos de la noche
y me olvido que hay un sol evidente
y una lluvia gozosa cargada de mensaje.
Sólo la muerte
podrá liberarme de esta sorda tristeza.
(Gracia Bailo 1978: 32).

Hablar de poesía graciana es hablar de poesía de la existencia humana, escrita con el dolor de quien resiste, de quien sufre con los sufrimientos ajenos, y por ello la palabra felicidad le viene grande. Guinda define la temática de Luciano de la siguiente manera:

La temática de Gracia va desde una inicial preocupación social, que nunca abandona, a una mayor pureza y hondura expresivas, y desde un vitalismo desbordado a un tono más desengañado y lírico, pero siempre desde la sinceridad de una voz que surge de la emoción de las cosas. (A. Guinda 1986: 21).

- **Utilización de los símbolos “luz, sangre y los cinco elementos” en la poesía de Luciano Gracia.**

La utilización de los símbolos en la poética graciana adquiere un peso notable en el análisis de la misma, pues el autor plasmaba la necesidad de escribir y de desahogo a través, principalmente, de la metáfora.

Cabe destacar que, Luciano tenía mucha facilidad para crear ambiente poético; sus metáforas alcanzan cotas de desgarrador sufrimiento, y en ellas manifiesta libérrimamente su furia ante el dolor que conlleva la existencia.

Para Luciano la vida se expresa mientras se va haciendo el poema; pluma, palabra, verso y poema son los atributos esenciales del poeta. Su metafísica es la de la existencia en crudo de un hombre sin rumbo sobre el barro del camino en que se aloja la experiencia vital. (Tello 1986: 23).

Analizaremos cuáles eran los símbolos fundamentales que Luciano utilizó para desarrollar ese directismo expresivo surrealista.

En primer lugar, el símbolo celeberrimo de esta trayectoria poética, es la sangre. Luciano se desangraba en sus obras. En la sangre reside la fibra sensible de las emociones; en ella se concentra el dolor y la facultad de sentir los escalofríos del oscuro existir. Se sangran los besos y la sangre adquiere capacidad sensitiva (A. Pérez Lasheras 1996: 134).

Este símbolo, aunque es una constante en su obra, se hace patente en *Creciendo en soledad* y en *Vértice de la sangre*, es raro no leer un poema de alguna de estas obras y no toparnos con dicha palabra.

La metáfora de la sangre para Luciano es portadora de vida, es sentir apasionadamente y lo que alienta al autor, la sangre alimenta el verso. Será entonces, la sangre de Dios, pero también la de los mortales, la suya propia; la sangre son las emociones y recuerdos de todos aquellos que están vivos. Esta sensación de vivacidad se puede apreciar claramente en el poema «Creciendo en soledad»:

La sangre sigue viva esculpida en el verso.
Pujante, sin súplicas, se zambulle
en el agua, como el pez en un río brutalmente salvaje,
con su piel de pantera adormecida.
(Gracia Bailo 1978: 13).

En ocasiones la sangre se relaciona con el agua²⁷:

Solamente
el lamento de azúcar de un estradivario
nos conecta la sangre con el agua.
(Gracia Bailo 1978: 35).

De esta manera la sangre puede tener diferentes características, en este caso representando vehemencia, la pasión de aprovechar los momentos que la vida nos brinda:

Soy preso adolescente del amor y la lluvia,
de la sangre encendida,
del azúcar y el vino.
(Gracia Bailo 1974: 19).

En estos versos la sangre vuelve a relacionarse con el agua que corre, en este caso la lluvia como salvación de nuestro ser.

El poeta se autodefine utilizando la sangre como vida, luminosidad de una estrella, y, volviendo a ensamblar sangre y verso, nos participa del carácter vivo del poema y del desvivirse del poeta (Pérez Lasheras 1996: 135). Un claro ejemplo donde se ve esta relación es en «Autorretrato irreflexivo, casi real»:

Y escribo mis poemas
más hondos cuando sangro.
(Gracia Bailo 1978: 47).

Luciano manifiesta que la sangre es el motor de su escritura, a través de ella expresa los sentimientos más recónditos de su ser.

Pero este símbolo no siempre representará aspectos positivos, sino que será también la representación del dolor y el sufrimiento, representando lo más primigenio y elemental a través de la sangre vidriosa:

Con la sangre vidriosa
me congelé en el fondo.
(Gracia Bailo 1978: 21).

²⁷ En la literatura podemos encontrar referencias del agua como símbolo de vida (el agua fluye); para la purificación y personificación del alma.

Hay sangre oprimida que se coagula generando una opresión en su interior que impide el éxtasis del autor y esa función revivificadora:

Un salvaje desasosiego, agazapado
en la epidermis del otoño, me coagula la sangre.
(Gracia Bailo 1978: 32).

Y finalmente la sangre también se relaciona con la muerte, pues la falta de esta impide la fluidez de la vida y la felicidad:

Los hombres se desangran en un charco de lodo.
Aturdido y sobreviviendo
a tanta muerte, me pregunto:
y yo, ¿qué soy?
(Gracia Bailo 1978: 21).

Hemos visto como Luciano recopila diferentes estados que la sangre puede representar, pasando de la vivencia máxima a la muerte. Esta imagen va adquiriendo cuerpo y ampliando su valor simbólico, de manera que se hace posible la matización que otorga al símbolo una riqueza inusitada.

Otro símbolo importante y recurrente en la poesía de Luciano es la luz, el cual también adquiere diferentes facetas y puede representar diferentes sentimientos y actitudes del autor. Además, es importante destacar la antítesis entre luz y sombra que hay a lo largo de toda la trayectoria, generalmente, siendo la luz la vida y la sombra la muerte. Aunque estas imágenes aparezcan en todas sus obras, donde se hacen más latentes son en *Cuando la luz asoma* y en *Eslabones de sombra*.

La luz juega un papel importante en estas obras, pues se coloca como el eje de su expresión poética; representa la búsqueda de una verdad irresoluta. La luz es el norte, la idea neoplatónica con la que el autor ansía fundirse hasta su desintegración (Pérez Lasheras 1996: 136).

Como ya se ha dicho, la luz en la mayoría de los poemas se relaciona con la vida y con la existencia del ser, Luciano lo deja plasmado en sus versos:

La vida es luz
no un astro iluminado que con la noche abdica.
(Gracia Bailo 1987: 47).

Pero también representa la propia figura de Luciano, la luz representa la esencia de su ser, esa parte dentro de él que por más que intenten anular ni la muerte conseguirá apagar: «Puédanse deteriorar mis sentimientos, nunca mi luz» (Gracia Bailo 1988: 9).

Se muestra como símbolo de esperanza ante la muerte, y representa el último aliento y el último apego a la vida, es el impulso que Luciano necesita para salir adelante y no dejarse vencer por sus fantasmas:

Sin tregua ni pausa, la luz me incita, para alentar más hondo
aliento sin desmayo, pecho mío, por encima del sol cuando se oculta.
(Gracia Bailo 1988: 25)

La luz se muestra en el más alto grado: luz suprema, luz altísima, luz seducida, representando el éxtasis del autor, incluso podría decirse que la luz se representa con la propia muerte, ya que esta es el inicio de la nueva vida:

Con un rubor maldito mi existencia asumo
y el inmortal diluvio que en torno mío aflora
me agudiza la piel, me roza, me alza
a la vida y en luz suprema me renace.
(Gracia Bailo 1988: 42).

Como he dicho, el significado de la luz puede variar en los poemas de Luciano. Uno de ellos podría ser el de esta estrofa, analizándola, aparece la “sangre herida”, por lo que ya podemos entrever la tristeza que siente el autor²⁸, lo que podría deducirse que en este caso la luz se relaciona con la muerte, esa luz que algunos ven en el momento de morir. Luciano ya presiente la llegada de ese reflejo. Así pues, como pasaba con la sangre, la luz no siempre se relaciona con lo positivo, sino también con lo negativo:

Oh sangre
herida, pálido como la sal, buscándose, oh sangre
herida, entre la piel espesa de la lluvia
o en el reflejo inextinguible de la luz que asoma.
(Gracia Bailo 1987: 24).

Por el contrario, la sombra simboliza todo lo opuesto. La sombra es la “pena negra lorquiana” que en vida ha perseguido a Luciano y no le ha permitido conocer la felicidad plena:

Cuánta sombra y olvido en mi camino, cuánto clamor de pájaro
(me ascendió el abismo) se escucha
allá en la lejanía.
(Gracia Bailo 1987: 19).

Una angustia de la que Luciano jamás podrá desprenderse a menos que la muerte llegue. La lucha entre la luz y la sombra está presente en todo el poemario,

²⁸ Hay que recordar que este poemario lo escribió poco antes de morir, por lo que la presencia de la llegada de la muerte se hace cada vez más latente y es una idea que atormenta a Luciano constantemente.

entendiendo la luz como vida, felicidad y esperanza y a la muerte como la oscuridad, muerte y desilusión:

La vida no se inventa, se construye, se hace a golpes
de luz y a zarpazos de sombra
y se nutre de esfuerzo y penuria.
(Gracia Bailo 1988: 55).

Para finalizar, Luciano ve la luz como un deseo de la verdad, un anhelo de la felicidad y la libertad, pero este deseo se ve truncado por la sombra que encarna la tristeza y el dolor, por ello la muerte, que es el último eslabón, crea y modela la simbología graciana.

Estos son los símbolos que por excelencia adquieren todo el protagonismo de este autor, ya que son el eje de su escritura. Sin embargo, cabría destacar que Luciano fue un magnífico observador de las imágenes que la naturaleza le ofrecía: la brisa, la tempestad, el manantial, el fuego, la ceniza... La contemplación de estas imágenes llevaron al poeta a realizar una serie de reflexiones que no se pueden pasar por alto, y que, como siempre en Gracia, tienen que ver con el transcurrir del tiempo, la soledad y la muerte. Entre todos destacaremos cinco: el hombre, el mar, la piedra, la tierra y el fuego. Son esos cinco elementos los que más importancia adquieren, así lo deja escrito el poeta en su obra *Eslabones de sombra*, donde escribe un poema sobre cada uno de ellos y representan las constantes de su vida.

En primer lugar, el hombre se muestra como ser fuerte y pétreo, creado a base de golpes y dolor. Podría decirse que, implícitamente, Luciano se describe a sí mismo en este poema:

Hierro forjado eres con sangre y con reveses,
con ansia en celo alzándote a la vida.
Surcador de los mares más rebeldes buscas
la plenitud de amaneceres.
(Gracia Bailo 1988: 47)

Describe todo lo vivido y a su fiel compañera de vida, la tristeza, es una reflexión íntima que saca a la luz su desdoblamiento personal.

No puedes, tú lo sabes, despoblarte
de rabia y de tristeza.
(Gracia Bailo 1988: 47).

El segundo elemento que aparece es el mar, cabría decir que es el elemento más confuso de todos, pues tiene varias interpretaciones, por un lado se representa con esa sensación de soledad que acompañó a Luciano y martirizó durante toda la vida:

Creciendo en soledad como los versos míos
perdiéndote a lo lejos resplandeces.
(Gracia Bailo 1988: 48)

Pero también se manifiesta como la ilusión que tiene en vida de que brille allí la luz de su esperanza. Como si el mar consiguiera desprender esa sombra que le atormenta y le brindase la calma que necesita para estar en paz consigo mismo:

Concibo este milagro, este sentirme
a gusto buceando en el agua
entre algas prodigiosas que mis pies un día
acariciarán con afán de calma.
(Gracia Bailo 1988: 48).

En definitiva, el mar se presenta como un elemento superior a toda la existencia, capaz de devolver la calma y alterar la serenidad.

El tercer elemento que encontramos es la piedra. Esta se muestra como el constante obstáculo en la vida de Luciano, la tristeza. Esta va rodando y va interponiéndose en los sueños del autor, impidiéndole deshacerse de sus recuerdos más oscuros, por más que quiera dejarlos atrás, siempre se antepone en su camino. Este mineral no es inerte para el autor, sino algo capaz de temblar, portadora de vida que pueden llegar a conmoverse, un ente con capacidad cognitiva:

Vas rodando y rodando, piedra mía,
y abres, al azar, surtidores de fuego en el crepúsculo.
[...] Hoy propicia al lirismo te acomodas
en la cima de todo lo creado.
(Gracia Bailo 1988: 49).

El cuarto elemento es la tierra, Luciano aspira a conseguir la fusión con esta y se presenta como el elemento último en que podrá llegar a ser un vacío de estrellas (Pérez 1996: 137). La tierra significa receptividad, lo que cuida, cobija y protege a todo. La única forma de alcanzar la fusión completa entre el autor y el elemento, es la muerte:

Soledad por la sombra alimentada
me arrastra, tierra mía, hacia tu húmedo vientre,
hacia tu luz más alta, hacia la vida.
(Gracia Bailo 1988: 50).

Y el quinto y último elemento que aparece es el fuego. Este representa la pasión que corría por las venas de Luciano. La pasión por la poesía, el amor que sentía hacia sus seres queridos y amigos, los sentimientos que destrozaban el interior de Luciano y que a la vez le hacían más fuerte, ese fuego interno con el que Luciano hacía todo, escribir, vivir y sufrir. Es un elemento contradictorio, pues se presenta con ese carácter destructor y transformador y como elemento principal de purificación:

Ya calmado retornas sin soberbia, retornas
sin destino, retornas ignorado
a postrarte y dar forma a tu locura.
Mas no buscar la tregua, la tienes olvidada,
buscas la soledad bajo la acacia.
(Gracia Bailo 1988: 51)

Luciano a través de los símbolos plasma la desgarradora historia de su vida. Una corriente sensual deja en los versos descargas de aire, fuego, tierra y agua; los hace elementales; los lleva al lector, con poderosos instintos de tocar más allá del hueso y de la carne (A. Guinda 1986: 21). Encontramos un hallazgo inesperado de un poeta que sufre y se sitúa en la brecha de los acontecimientos espirituales de la humanidad problematizada y triste.

- **Conclusiones**

Con todo lo expuesto anteriormente, podríamos decir que Luciano ha sido un poeta que ha culminado en la poesía aragonesa, sin embargo su talento y su trabajo no ha sido debidamente apreciado por la crítica.

Luciano fue durante toda su vida un luchador nato, que no necesitó aprender sobre literatura, pues la poesía vivía dentro él y supo plasmarla en el papel a golpe de corazón.

Teniendo en cuenta la condición social del poeta, no cabe duda de que su capacidad receptiva era mucho mayor de lo que podemos llegar a imaginar. Luciano no escribe literatura, se describe a sí mismo en cada uno de sus versos, sangrando en cada una de sus palabras con su tristeza y su dolor, dotando al poema de un carácter esencial por su agonía existencial y manifestando su propia teoría de lo mundano.

Fue un enamorado de la poesía, y así nos lo demostró, consagrándose a ella hasta su último aliento.

Sin embargo, Luciano dedicó más tiempo de su vida a versos ajenos que a los suyos propios, pues su generosidad no tenía fin, y como hecho están todas las disposiciones y escuelas literarias en las que formó parte.

Así pues la poesía graciana se caracteriza por su intimismo y agonía existencial, es una poesía autobiográfica, que hay que desgranar y analizar cada una de sus metáforas para poder conocer una pequeña parte de Luciano, pues su sufrimiento era tal que es imposible llegar a conocer todos los demonios que atormentaban su mente.

En el presente trabajo se realiza un pequeño estudio acerca de los símbolos más utilizados a lo largo de su trayectoria, pero si nos adentramos en su mundo poético, nos damos cuenta que son innumerables las metáforas y recursos que Luciano utilizó para llevar a cabo su desestructuración personal.

En definitiva, hay en su poesía un hermetismo que desconcierta al lector, siendo imposible encuadrarla en una corriente o simplificarla a unas características comunes, que no sean la de bella, apasionada y desgarradora.

Podríamos enumerar infinidad de particularidades acerca de la figura de Luciano Gracia, pero nos quedamos con la de poeta zaragozano, que se entregó a su poesía, a su trabajo y a su región, produciendo una importante obra personal que representará una de

las mayores cimas de la poesía emocional e intimista en el campo poético de la cultura aragonesa.

- **Bibliografía**

ALFARO, Emilio (1984). *OPI-NIKÉ Cultura y arte independientes en una época difícil Vol. 1*, Zaragoza, Gobierno de Aragón.

ALONSO CRESPO, Clemente (1983): «Luciano Gracia». *Andalán* nº378, Zaragoza, 48-50.

BAYÓN, Miguel (1986): «Emotiva despedida al poeta Luciano Gracia». *EL DIA*, 27.

CASTRO, Antón (1986): «Recuerdo de Luciano Gracia». *EL DIA*, 28.

CASTRO, Antón (2012): «Luciano Gracia: el tipógrafo poeta». *Heraldo de Aragón*, 4-5.

DOMÍNGUEZ LASIERRA, Juan (1986): «En la muerte del poeta Luciano Gracia». *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 21.

GRACIA BAILO, Luciano (1967). *A Isabel, verso de piedra. Como una profecía*, Zaragoza, Gráficas Los Sitios.

GRACIA BAILO, Luciano (1969). *Hablan los días*, Zaragoza, Ediciones Javalambre.

GRACIA BAILO, Luciano (1974). *Vértice de la sangre*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”.

GRACIA BAILO, Luciano (1978). *Creciendo en soledad*, Zaragoza, Publicaciones Porvivir Independiente.

GRACIA BAILO, Luciano (1982). *Poemas recobrados y Huellas de ceniza*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”.

GRACIA BAILO, Luciano (1987). *Cuando la luz asoma*, Madrid, Endymion.

GRACIA BAILO, Luciano (1988). *Eslabones de sombra*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”.

GUINDA, Ángel (1986): «Del poeta Luciano Gracia». *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 21.

LABORDETA, José Antonio (1986): «Luciano Gracia ha muerto». *Andalán* nº462, 24.

LABORDETA, José Antonio (1999): «LOS SITIOS DE LUCIANO GRACIA». *Trébede* nº22, 54.

LORENZO DE BLANCAS, Benedicto (1989). *Poetas aragoneses, el grupo del Niké*, Institución “Fernando el Católico”.

- LORENZO DE BLANCAS, Benedicto (1986): «Poetas aragoneses – La generación del Niké. Luciano Gracia Bailo». *Andalán* nº463, 22.
- MANUEL GIL, Ildefonso (1986): «La poesía de Luciano Gracia». *Andalán* nº463, Zaragoza, 24.
- MELERO RIVAS, José Luis (1987): «Luciano Gracia y la edición». *Rolde* nº38, Zaragoza, 9-11.
- MELERO RIVAS, José Luis y PÉREZ LASHERAS, Antonio (1990). Edición facsímil de *Poemas*, Zaragoza, Diputación General de Aragón.
- NAVALES, Ana María, (1978). *Antología de la poesía aragonesa contemporánea*, Zaragoza, Librería General, 71-82.
- PALACIOS, Lamberto (1985): «Luciano Gracia Bailo». *Andalán* nº421, Zaragoza.
- PÉREZ LASHERAS, Antonio (1987): «Luciano Gracia «Sangrando en el poema»». *Rolde* nº38, Zaragoza, 17-25.
- PÉREZ LASHERAS, Antonio, SALDAÑA, Alfredo (1993). *El desierto sacudido*, Teruel, Diputación General de Aragón, 165-168.
- PÉREZ LASHERAS, Antonio (1996). *POESÍA ARAGONESA CONTEMPORÁNEA*, (*antología consultada*), Zaragoza, MIRA, 131-137.
- PÉREZ MORTE, Antonio (1999): «Doce años sin Luciano». *Trébede* nº22, Zaragoza 51-53.
- TELLO, Rosendo (1986): «Luciano Gracia, al fin en su poesía». *Andalán* nº463, Zaragoza, 23.
- VERÓN GORMAZ, José (1986): «Ecos de una muerte». *Heraldo de Aragón*.

- **Anexos**

A Isabel, verso de piedra

Cuando sea este sueño una leyenda
y me busques furiosa
por los cerros, entre gentes extrañas,
que apenas balbuceen el beso sinrazón
y la ternura,
no le culpes a Dios ni te sorprenda
que el corazón repose
sobre el barro.

Estaré diluido,
tú lo sabes,
por el río frondoso de tu sangre
germinando la paz de nuestra piedra.

Soy soldado del verso y me llamo Luciano,
un arriero de prólogo tristísimo que apenas
sé quién soy ni lo que quiero.

Anduve a la deriva
por caminos resecos –blindado el corazón
a la sorpresa-, y hoy que corre
mi sangre como un río por la tierra más verde,
quiero decirle a Dios, casi turbado,
que me viene muy grande la alegría.

Ya puedo caminar a oscuras y sin lumbre
y parirme las horas
siglos muertos. Tú me habitas por dentro,
respiras al unísono conmigo
y vibras, como un rayo, por mis venas más hondas.

Tus labios y tu nombre tatuados en mi sangre
destrozan y armonizan los últimos vestigios
de la noche,
y algo mío, muy tuyo, se desprende
-como un volcán abierto a la esperanza-,
y me lleva, qué sueño,
como a un niño,
de tu mano, amor mío, de tu mano.

Sólo un golpe de tos sin armonía me irritaba
las horas, y fue entonces,
en el justo momento de la ira,
cuando el árbol sin brazos se desnuda y crece
más deprisa la tristeza
y era sólo un testigo de la aurora;
me llegabas sedienta, con un teblor de pájaro
aturdido,
robándole la calma a las estrellas.

Adulto se nos hizo el desosiego y espigamos
migajas,
que el llanto –nuestro aliado-,
fue poniendo a los pies como un insulto.

Por eso cada trago
que sorben nuestras bocas, cada estirón del hueso
más querido,
lleva el jugo de todo lo creado.
Tú lo sabes,
como una profecía de muerte sobre el alba.

Que ritmo tan anémico tenían
mis canciones
antes de acontecer este milagro.

Eran tierra rocosa sin pastos ni amapolas.
Eran sólo un delirio disecado que ya
se fermentaba por sí solo.

Desde esta sinagoga de mis versos
-mi cáliz más querido-,
despojado de atuendos que me agobian,
de todo que me duele
de tan viejo,
pongo cerco a la miel de tus pupilas.

Paisajes con desvelos de ternura me tienden
una trampa,
y hay prodigio de luces ala acecho.

Como una travesura adolescente.
Como un soplo divino, casi bíblico,
irrumpiste en mi vida.

Pdaste los injertos de tristeza
que crecían, Dios mío.

A Isabel verso de piedra (Gracia Bailo 1967)

Como una profecía

Casi roza tu amor con lo divino.
La sustancia, Isabel, de tu semilla
se ha hecho verso de piedra, se ha hecho arcilla,
aurora y holocausto del camino.

Todo huele a tristeza en tu destino.
El surco que cosecha tu mejilla
-lágrima acongojada y amarilla-,
suda sangre de Diego el peregrino.

Sobrecoge el dolor de tu cordura
y el dulce sobresalto de tu vena
cuando todo el amor te amanecía.

Y, con qué sumisión, con qué ternura,
te besaban la espiga y la azucena
coronando de estrellas tu agonía.

Como una profecía (Gracia Bailo 1968: 2-6)

Girando a todas partes como un preso sonámbulo,
todo lleno de dudas, empiezo, como puedo, a escribir este libro
de poemas.

Es empresa difícil desnudarse sin vértigo,
reposar en las páginas mordidas por el tiempo,
y tengo, sin embargo,
necesidad urgente de escribirlo,
de consultarme cosas, muchas cosas, que las llevo girando y me
retornan
al punto de partido.

Son ya tantas las noches tejiéndome reveses
por aguas turbulentas, que he perdido
la cuenta y la memoria, y quiero, como prólogo,
remover el principio,
hablarme, como a solas, en voz baja.

Lamaré a mis hermanos con la voz y el calor de aquel entonces,
cavaremos el huerto con azadas muy verdes;
sacaremos papeles y chaquetas muy viejas, y olerán, todavía, sus bolsillos
a bolas de polilla.

Cavaremos también, emocionados, la tumba de aquel perro
tan querido, que un día se muriera con los ojos abiertos,
y aún tendrá, como entonces, una mano más corta,
por la bruta pisada de un caballo.

Quiero volcarme entero en mis poemas, respirar por la herida
que emancipa mis horas,
hablarme, me repito, como a solas, sin más testigo oyente
que el susurro del viento y mi sombra sonámbula,
con palabras mojadas por los surcos del tiempo.

Dejaré testimonio de mi duro camino
-aunque a nadie le importen mis problemas-,
de que duermo entre vidrios, comiéndome los dedos, y también que pregunto,
si el beso es asequible,
si es de todos el pan y la ceniza.

Afincado en la niebla me encuentro de regreso.
Pasado y traspasado
por azules y negros movimientos, he llegado a una zona
donde todo es igual y nada es diferente, donde el cielo y la tierra
me dan el mismo abrazo
y las mismas cadenas de tortura.

A lomos de mi voz, caída o levantada, amordazada o rota,
me he mojado los pies con muchas lluvias.
Volteé las campanas de mil fiestas
yaré raíces nuevas con furias y sobresalto.
Entonces tengo todo: los glóbulos más rojos,
los sueños y la espiga.

Soy visible, lo sé porque me palpo; pero pesa de veras
el ponerte a gritar con toda calma,
a rezar si recuerdas, por los huesos más débiles,

por los huesos que tienen la carie más aguda, los que van intuyendo
el sollozo más largo
y el pan en la otra esquina.

En los días de fiesta, cuando somos los hombres diferentes
y puedo ver a gusto a los amigos,
los muertos me parecen menos muertos.
El corazón respira acompasado
-hay más tiempo de sobra que otros días-,
y el asfalto parece menos frío,
menos piedra enlutada.

Un dulce repostar hacia la muerte.

Hablan los días (Gracia Bailo 1969: 9).

Cada verso...

Cada verso que vivo,
es la herida de España que me duele
y me enciende la sangre.
Un cambiarme la piel por la palabra
que me nace desnuda
y se abraza a la tierra.

Cada verso que vivo ,
es lluvia que me turba y estremece
los glóbulos más rojos.
Un pedazo de lengua que se pudre
en su amargo poema.

Cada verso que vivo,
es un himno a la vida
y un respiro a la muerte.

Vértice de la sangre (Gracia Bailo 1974: 7).

Vértice de la sangre

Desde el vértice puro de la sangre, impulsado
irrefrenablemente hacia la piedra
que llevará grabado mi nombre y mi apellido ,
humildemente vengo con la lengua abrasada
y el corazón tatuado de inviernos y veranos.

Desde el vértice puro de la sangre,
desde mi voz mortal os requiero y os digo,
con la misma sencillez con que muere
un anciano
o pare una muchacha,
que se ha llevado el cierzo el pan y los membrillos
que legué en testamento a mis hermanos.

Y ahora que la vida ya la siento más lejos
y más cerca la muerte – perdonad mi egoísmo-,
me hierve un mal moral y unos deseos
de partir el trigo con vosotros,
de repartir el agua, el sueño y el mensaje,
y el deshielo violento de la noche.
Yo tengo suficiente con el sol de la tarde.
Su calor ya me llega hasta los ojos.

Empezar a coger lo que más suene:
una arroba de miel en la garganta,
un poema rezando en la cocina,
un espejo viejísimo
que reflejó la imagen de mis padres,
una canción que llora en la despensa,
una boca callada, unos dientes rabiosos,
un poco de café, unos granos de azúcar,

dos pájaros que cantan su delirio
y un amor en cenizas.
(pero éstas me las quedo).

Hay tanta luz ardiente en las pestañas
o rumores nocturnos entreabiertos;
hay tantas lenguas vivas creciendo en rebeldía
y tanta rigidez en las costumbres,
que me pongo mi traje de domingo
y me voy a cantar al hombre que aún me escucha.

Todo lo doy por vuestro.
Sólo quiero los pies
para hundirme en la tierra.

Vértice de la sangre (Gracia Bailo 1974: 11-12).

Hoy me llora noviembre

Cuando abro la ventana de mi cuarto y eructo
la tristeza de mi dulce delirio,
el mundo sonrojado se me pone de pie.

Hoy me llora noviembre como nunca,
y la lluvia y el viento me pierden el respeto.
Hoy no sueño, me acomplejaba la noche
y acepto el estallido de las sienas.

Mi pluma –inapetente de alegría-,
coronada con oro y tinta negra,
sólo escribe dolor, palabras de dolor.

Cuando vuelvo los ojos al pasado, al presente
y al otro indescifrable;
cuando sudo agonía en la cuerda más floja,
en la tierra más seca y en el diente más duro,

qué sorpresas me encuentro en el camino.

Soy preso adolescente del amor y la lluvia,
de la sangre encendida,
del azúcar y el vino.
Soy preso adolescente del labio humedecido y tembloroso
que se asfixia en la llama del pudor.

Cuando vuelvo de nuevo
a la grieta sumisa del frondoso ramaje
del dolor.

Cuando sólo palabras retorcidas
me alientan el poema.
Y me surgen,
como un zarpazo espeso de amargura,
los años de escasez de pan y todo,
y me asedian con rabia
primaveras frustradas por el odio,
una nube de de fuego
me quema la garganta.

Vértice de la sangre (Gracia Bailo 1974: 19-20).

Si me fuera posible...

Escucho todavía
-el tiempo se ha dormido con los dientes de leche-
la canción en silencio de mi río pequeño
y el lento gotear de su ingenua cascada.

Hay voces que no suenan pero yo las escucho
en mi casa que duerme junto al Huerva;
hablan sólo de dulces estaciones,
del romero amarillo, del rocío del alba,
de las hoces que aún sueñan con la siega.

De un árbol muy pálido, azotado de angustia,
apenas perceptible por puro y transparente,
recogí la mochila y el polvo del camino
para rodar inmerso por la lluvia.
Verano y mucho sol en la despensa.

A la sombra de arbustos mal cuidados
y de besos muy tímidos,
fui creciendo hacia arriba
como crecen los trigos y el deseo,
como crece el dolor.
Me encontré con mi parte de la vida:
escogí mi mujer, mis panes y mis peces
y el misterio más hondo de la noche más larga.

Todo es mío, me lo quedo hasta el fondo;
me lo vivo y digiero a mi manera,
y resbala en silencio mi silencio.

Si me fuera posible,
madre mía,
abismarme en tus ojos como entonces;
acariciar el trigo
sumergido en las manos de mi padre;
limpiarle las pestañas, siempre llenas de barro,
a mi hermano Amador,
y a mi hermana Esperanza robarle, si pudiera,
rebanadas de miel,
los días me serían más amables;
les hablaría entonces en mi idioma sencillo,
en mi idioma de hombre que sufre y no se entrega.

Los ojos se me pierden buscando la distancia

de la luz a la sombra,
dando vida a los sueños
que agonizan, abriéndole las manos
al trigo y a la tierra.

Atardece en la cumbre del otoño
y regreso sonámbulo
al dulce litoral de los días errantes
con la mirada ausente,
fermentada de noche.

Vértice de la sangre (Gracia Bailo 1974: 21-22).

Hoy no bebo tristeza...

¿Qué ramaje me arroja la alegría?
¿Qué ramaje me oculta la tristeza?

Hoy me vuelvo de espaldas al dolor y me encuentro
-fenómeno rarísimo-
con un acre de cielo en las pestañas.

Ya me duele el dolor desde la infancia,
y me duelen los huesos, y me duele
la sangre desde entonces.
Por eso hoy me defiendo, labio a labio,
de la lepra impaciente que me exprime
el harén fabuloso de los sueños, de las sordas
maniobras del amor,
de las rojas hormigas que me habitan
los infalibles huecos de la noche.

Hoy no bebo tristeza, qué milagro,
ni bebo soledad. Hoy no fumo resina,
ni llevo los zapatos del vecino, ni la roja corbata

de mi hermano.

Hoy llevo una canción en la garganta y un rescoldo
de versos –sin ácidos amargos y sin odio-
y un aliento dulcísimo apresando
a la muerte.

Irremediablemente y por costumbre
me arrastro por inercia hacia la sombra
que quiere destrozarme la armonía;
pero lucho
con dientes y con ojos,
con abrazos urgentes y panales de fuego
para abrirles las venas
al sol de la mañana.

Vértice de la sangre (Gracia Bailo 1974: 23-24).

Cuarte de Huerva

En Cuarte vi la luz, bañado por el Huerva.
Nací varón y sigo con el nombre,
y aquí lo certifico.

Una casa sencilla como un verso
me dio la bienvenida
en un 11 de julio, al declinar la tarde.

Cuarte, como sonámbulo,
inmerso en la penumbra de la noche,
parece que me escucha cuando grito
y tengo tantas cosas que decirle.

Si recuerdas a un niño con los ojos turbados
a los que tú legaste, en estado de coma,
el primer fogonazo del sol de la mañana;
ese niño, diluido en los sueños

y abrasado en el fuego de la vida,
te canta desde el suelo que le quemó los ojos
y sigue, como entonces,
amando a la justicia, al viento y al verano;
amando al hombre entero que duerme con el trigo
en la almohada,
al que sangra terrones
de tierra bendecida por la lluvia
y muere el sol en las pestañas.

Cuarte, mi amiga y entrañable desazón,
vientre casi inhumano de mi infancia silvestre
cuando tú me ofrecías paisajes repetidos
de sombras fantasmales,
y donde yo bebí, con angustia ilegible,
en pucheros de barro y en vasijas de sombra,
las lágrimas calladas de mi madre.

Vértice de la sangre (Gracia Bailo 1974: 25-26).

Sol ardiente

Sol ardiente. Dulce otoño encendido
degustando el invierno cada día.
En este atardecer sin alegría
voy a ciegas y solo. Voy perdido

por el túnel amargo del olvido.
Cercenado el amor, la noche mía
se me llena de sombras. ¡Qué agonía
morirse en cada verso! Dolorido

me pierdo mar adentro. Siento frío
en los huesos me abrasa la frente.

Un miedo fantasmal y entusiasmado
me da un sabor a sombra y a vacío.

Amor mío, ya sangro mortalmente
en este agonizar desesperado.

Vértice de la sangre (Gracia Bailo 1974: 45).

Creciendo en soledad

Creciendo en soledad la sangre mía, tropezando
de súbito con el vacío,
temblando por rastros de ceniza,
se desnuda y se mira en el espejo por si hubiera
cambiado de color, y se viste de esencia matutina
-hay fuego en el crepúsculo
y no le oculta nada-
yendo y viniendo por la misma vena.

La sangre sigue viva esculpida en el verso.
Pujante, sin súplicas, se zambulle
en el agua, como el pez en un río brutalmente salvaje,
con su piel de pantera adormecida, el mar
sobre los ojos y la boca de nuevo amaneciendo
vacía de serpientes.

Cuando me hurga en el fondo, ebria de sol, creciéndole
uvas enracimadas en los labios
y rojos ababoles en el lienzo amarillo del desdén,
me llamea furtivamente
en la playa desierta de auroras migratorias.
Casi puedo decir que la sangre
indecisa se me ha muerto como se muere
marzo en los ojos de abril. Arde
en la nieve eterna, que prevalece pura,

y en la diadema azul de la palabra.

Ah si el hombre pudiera (qué lejos las estrellas)
amaestrar la lluvia, tan rebelde a veces,
y amaestrar abejas (¿quién me seguiría?)
que posaran su miel
en los labios sagrados de los niños, que contemplan
turbados el amanecer.

Creciendo en soledad, de brasa en brasa, como crecen
los ojos en el campo o crece sigilosa
la niebla sobre el río,
vuelvo a sentirme el pulso latiendo con el cierzo,
vuelvo a sentirme al hombre inconformado
que levanta los pies, heridos por la grava,
para no hacerles daño a las hormigas,
que también tienen sed y tienen hambre
y tienen en su gruta
de luces encantadas, gravillas en reposo
de trigo que sonrío
en las diáfanas madrugadas del estío.

Me ordeno las pulsaciones. Apenas me hacen daño
los insultos de enero y de diciembre.
El corazón, desconcertado por las emociones,
corrobora su raíz primitiva
(¿quién puede detenerla?) de pájaro indeleble
con voz acrisolada por la piedra.

Creciendo en soledad (Gracia Bailo 1978: 13-15).

Desnudo como el viento del Moncayo

Los hombres se desangran en un charco de lodo.
Aturdido y sobreviviendo

a tanta muerte, me pregunto:
y yo, ¿qué soy?
¿Un loco abandonado?
¿Una aguja sin hilo?
¿Una sombra de pájaro sin alas?
¿Una gota invisible de ese charco?
Cerraré sin demora
la puerta devorada por el miedo.

Era un domingo 13, cómo lo recuerdo. Resbalé
por un hueco de noche avaricioso
y sólo abrí los ojos desmesuradamente
para besar el suelo. Con la sangre vidriosa
me congelé en el fondo.

Era un viejo desván sólo habitado
por sucias lagartijas. Un rabioso panal
de moscas muy golosas.
Era todo un desagüe de hielo milenario.

Asesinado por un extraño cansancio macilento
vagué por un espacio indescriptible. Vagué solo,
con los pies de cristal ahumado,
tropezando con golondrinas ahogadas en la sangre.
Praderas inmensas de esqueletos de plomo me quemaban
el traje y los zapatos,
me quemaban los ojos y abrían sepulturas
de tristezas unánimes
que azuzaban al ritmo de las danzas macabras
y enajenaban el amanecer.

Un día clave con alfombras
de hojas, que los peces no maltraten al sol,
pulsaré de nuevo el desesperado eclipse.

de los hombres.

Espesa y apasionada vehemencia mía, qué punzante
rumor me desespera. Tóname de la mano.
Púlsame los perfiles del temblor primitivo.
Deidades sobresaltadas me avivan
la llama del poema.

Desnudo como el viento del Moncayo, veo
cómo fluctúan con pereza
las sombras aburridas del paisaje,
y no encuentro la nube donde
tengo exiliada mi canción. La buscaré,
si la piel me resiste la invernada,
en el escalofrío de la fiebre,
en el misterio de la piedra y en los ojos sin fondo
de mi tiempo, que me avasalla
prematuramente, con máscaras de sueños
disecados.

Oh cortejo de piadosos errores.
Sigue la noche. Gime el mundo. Por los siglos
de los siglos. Amén.

Creciendo en soledad (Gracia Bailo 1974: 21-23).

Hoy no he visto la calle

Cuando llega el espasmo de la noche qué hechizado
gusano me estremece. Que falúa de fuego
naufrajando en mis venas. Fanatizado enigma,
huerto mío. Beso agónico esculpido en la sangre,
cómo dudo de la cruz inocente.
Suspendido en hedor de crisantemo
te veo entre dos luces abriéndome los poros

de una imagen flotante que me arriba
confusa.

Hoy no he visto la calle
ni he tenido visitas. Me olvidan los amigos.
Sólo tú, María Josefa, me has turbado
la paz. Me inyectas cada día.
En mis ratos de ocio me leo a los ingleses
y leo a Dostoievski. Qué grande es este ruso
reverdeciendo en su ataúd sagrado.

Cuánta playa confusa suspira arrodillada. Tengo
los ojos presos en la arena.
Un salvaje desasosiego, agazapado
en la epidermis del otoño, me coagula la sangre.
Cisternas rezumando agua salobre
me hurtaron el deleite
de pronunciar tu nombre en primavera.

Mi soledad –brocado de ceniza-
me deserta, cuando tú, María Josefa,
me traes resonancias singulares
de un mundo turbador del que no abdicó.
Cuántas noches me abrazo con un gesto desesperado
al lluvioso volcán de la piedra dormida.
En esos arrebatos, sin control ni destino,
me congelo en el polen de los huesos.

Me pierdo en los guarismo de la noche
y me olvido que hay un sol evidente
y una lluvia gozosa cargada de mensaje.
Sólo la muerte
podrá liberarme de esta sorda tristeza.
Creciendo en soledad (Gracia Bailo 1974: 31-32).

Night – Club

Se habla bajo. Se escucha el corazón.

Golosinas de sanos y de muslos

incineran el alba.

Solamente

el lamento de azúcar de un estradivario

nos conecta la sangre con el agua.

Labios almidonados de carmín juegan,

para no marearse,

con el humo de un Winston.

Huele el deseo a rebeldes residuos

de pudor. hadas ateridas

tiritando tristeza, con el rimmel y el whisky

por la falda, se uniforman los labios

de mágicos violines.

Borradores decorativos de alegría

bostezan en la sombra. Una gota de sangre

bucea en la pecera de una niña.

Corazones acicalados

con venas perezosas,

mastican pedacitos de hielo.

Envejece la noche en el poema cuando roza

la piel iluminada de mi vena intacta.

Pechos estremecidos

por el roce de labios invisibles,

se bañan a hurtadillas

en piscinas de luces indirectas.

hacemos libaciones con el whisky

sonrojado

del fastuoso mausoleo de la espuma.
Sandwichs de hastío desvalido
dan cuerda al corazón para que muera.
Huele a sándalo blanco la mañana.

Creciendo en soledad (Gracia Bailo 1974: 35-36).

Ya me llega la luz a la memoria

Llevo siglos helado en esta orilla.
Estoy predestinado a rielar en la noche.
Las palabras se mueven
desesperadas en la niebla.
Amarillean frustradas de un lado
para otro. bajo un túnel de zarzas nos crecen
hacia dentro
-heredan de los muertos su linaje-
izando su agonía en la sangre más roja.

Busco en las hojas del laurel
más devoto
los restos de mi brutal naufragio. Los busco
en la maleza donde cantan
y seguirán cantando aún después de mi muerte.
Conozco el mensaje exquisito
del verano, la cuchillada del invierno
y el poema sin odio que me habita.

Conozco el manantial de la medida y la mirada
furtiva de la primavera. ya me llega
la luz a la memoria
que derrama su insólito fulgor
en el hueso mojado de la noche.

Para convocar a los espectros fantasmales

tendremos que revenir a su estado de origen
a la despedazada diosa del amor. Sólo
el amor, con su candor de beso adolescente,
nos emancipa de la irrevocable
oscuridad. Nos redime de la ira
alucinada de la muerte.

Ojalá que esta lágrima mía que cruje y desespera
florezca y se reviente
en la inconsciencia residencia del dolor.
Ojalá, amigos míos,
ojalá,
vuelva a cubrirse el valle de increíbles
racimos de canciones,
de poemas arrancados al llanto.

La desesperación
corrompe a la esperanza.

Creciendo en soledad (Gracia Bailo 1974: 43-44).

Autorretrato irreflexivo, casi real

Anegado de emanaciones
sensoriales y de la voz avariciosa
de un ruiseñor anónimo,
labré mi catarata –amasijo de sueños-
en una estrella adolescente
que iluminaba el tímido horizonte
con sangre sempiterna.

El efímero imperio –corona pura de dolor-
se me duerme en el agua.
Abuso del alcohol y la indolencia
-se queja mi abúlico cadáver-

y escribo mis poemas
más hondos cuando sangro.

Me disfrazo de nube inaprensible
y duermo sin pijama. Fumo
Winston si puedo. Si no puedo, pido
perdón a los pulmones
y me fumo la sangre de los Celtas.

Paseo los domingos con mis huesos –puñadito
de polvo de mañana-. Trasnócho en el invierno
(me late con más furia la tristeza)
y hago versos amargos
con el frío. La tarde se acomoda
a mi delirio. Me abre zanjás
de lluvia en la memoria. La noche me modela
con su lengua de bronce.

Cuando siento como un rumor
de lágrima en el pecho, leo un libro
de poemas
-el trasiego del viento ya los hizo inmortales-
de un místico y sonámbulo
poeta hindú, con ojeras enamoradas
de la mar, que grabó
su tristeza y su alegría en una ola.

Creciendo en soledad (Gracia Bailo 1974: 47-48).

Después

Una ráfaga atónita de pálido
dolor adultera el poema. Si lo besan
unos labios con perenne alegría, palidecen
los pájaros y cantan sin descanso.

Hace un 3 de septiembre que enamora.

La sangre emocionada de lluvia efervescente
va tallando en el polvo del camino
una sinfonía de espigas juveniles y besos
arrogantes. Va tallando la sed de las cosechas
en roca estremecida,
labrada por la piedra más antigua.

Hay presagio de azules aerolitos
allá en la lejanía. Venas
sincronizadas con el viento fortalecen
el polen atildado del poeta.

Ascenderemos calados de esbeltos y súbitos relámpagos
a la cumbre ornamentada con nieve sempiterna.
Después nos miraremos a los ojos.
Nos pulsaremos el milagro
del corazón y él nos dirá
los datos climatológicos de la sangre.

Hace un 3 de septiembre que enamora.

Volvamos a decorar con gardenias majestuosas
nuestros labios apenas fatigados.
A ordenarme los libros.
A vaciarme la lengua de palabras
amorfos. Hoy llamean
en el cielo tu corazón y el mío.
Pongámonos, como dos ruiseñores
sorprendidos, la piel de espuma rumorosa
para sublimar el amor.

Hace un 3 de septiembre que enamora.

Creciendo en soledad (Gracia Bailo 1974: 63-64).

Va muriendo la tarde

Va muriendo la tarde. Sólo el milagro de vivir
purifica la sombra.

Cortinas fantasmales de cierzo estremecido
van poniendo en los ojos de la noche
abanicos de lluvia. Sala de tapices, sangrando
su leyenda, van soñando prodigios.

Van abriendo al poema
su piedra de marfil. Esa piedra sonámbula
que niega la memoria
a muertos que deliran sin sonido
y llamea, con luz inapresable,
en la voz del poeta.
Paleteadas al sol reverdecen la calma
de las hojas aladas del otoño.

Cuánto fuego dormido
en la piel del crepúsculo.
Cuántos hombres soñando en el camino
y ungidos de tristeza
se asfixian reflejados en el agua.

Va muriendo la tarde. Sólo el milagro de vivir
purifica la sombra.
Purifica los ríos de la sangre. Purifica
el misterio
de la imagen borrosa de la muerte.

Poemas recobrados y Huellas de ceniza (Gracia Bailo 1982: 117).

Cuando la luz asoma

Cuando la luz asoma, cómo irradia, el fuego se humaniza,
se derrama. Une al hombre y éste se despierta.

Amanecer vidriado de eterna soledad, esculpido en el barro,
se asemeja a las hojas que vuelan y olvidadas mueren.

La luz ha hallado ya su cumbre. Qué dulce escalofrío
el resplandor del alba. ¿Cómo llegar a ella?

Deteniéndose, ocultando la lágrima que interroga al sol,
caída en los brazos absortos de la lluvia; abrazándola
(pájaro o río) en la noche que boga como aleteo inmenso
de palomas poblándose de auroras. ¿Dónde el amanecer
que cala en los más hondo sembrado de campanas?

Polea loca de la vida, qué lejos el candor de tu cordura.

¿Dónde las hojas verdor antiguo cuya luz se eterniza?

Surgen de lado a lado (eco o luz de alas) como nube de abejas,
como nube de besos de inmensas multitudes.

Inesperada sombra huyendo de la llama, cómo absorbes
los maleficios de la luna. Ascua candente sin medida, eco
desgarrador que me deprime y a mi sangre traiciona.

Aún creo en las estrellas y en el labio que con pasión se ofrece
y en torno al beso, el alba al fondo, como luz asomo.

Gotean del cielo húmedas cadenas, vanos sortilegios de espuma
que alrededor de un fuego ensimismado se consume.

Párpados siempre abiertos al asombro, cómo
desvarían cuando la luz se quiebra.

Pálido lienzo de papel, qué frágil la distancia
entre el beso y el odio esclavos de luces decadentes.

Alcohol de mi vida, cómo te necesito y me rechazas.

Qué larga despedida, qué dulce tu saliva. Ábreme, no deliro,
tu puerta de aire viejo, que aún respiro con ansia
tus huellas fidedignas que me abrasan como música viva

que en mi sangre sin límites reposa.

Espesa luz de campana suprema, cómo te abres.

Cuando asomas a un mundo de humedad perpetua, qué sonido a guitarra
sin sollozo durmiéndose en el viento.

Cuando la luz asoma (Gracia Bailo 1987: 11-12).

Con la mano extendida

Estrenando alucinaciones hoy vuelvo a mi poema. Es mayo
por el frío enero. ¿Quién limita mis sueños?

Húmedo labio o lluvia de ángel encienden mi morada,
asumen mi tristeza y en el agua se abren.

Cuántas horas de luz me has deparado.

Siempre abrazado a la palabra y ésta me posee
con mirones perpetuados de lluvia

o calor de antaño. Mi voz, rumor de río, atravesando
océanos de luz y desiertos de sombra, se sabe,

a sí misma, portadora de estrellas o nube desolada
desafiando el alba. Cómo clama una lágrima

y todo palidece en torno mío. Un insomne
presagio, con su traje de pasión extraña, me llama,
con su labio seco, desde la playa inmensa de la noche.

Quiero sobrevivir por encima del odio, por encima
de la vida, más allá de la muerte.

Cómo puedo encontrarme si la verdad no existe.

Sólo la piedra es verdad que perdura.

Aunque en amor excelso mi vida se prodigue

y mis ojos derriben la bruma que los quema y ciega

hasta el rincón más íntimo del sonido del alma, estatuas

de sal y de ceniza me cercan el camino

que anduve solo, sin gastarme, por hondísimos y fecundos
territorios de humo y vaguadas de hielo.

¿A dónde puedo ir, peregrino de sombras funerarias,
por el sol marginado, sin historia y sin besos?

Me quedaré en el agua olvidado del frío, soñando
con mi dulce soledad, con la mano extendida
a mi última palabra, a mi voz más antigua.

Cuando la luz asoma (Gracia Bailo 1987: 13-14).

Horizonte creciendo

Crujiente viento de un agua novísima que en fuego se evapora,
cómo espero la luz de mares incisivos que no olvidan.
Labios con su muerte a solas, como espejos sin rostro,
dolorosa pirámide de espuma que en humo se diluye
y en ola helada o nube absorta define su indolencia.
Un soñolientos corazón, gemelo al mío, ignora si la sombra
acuchilla a la luna. Cómo la luz traspasa mi cristal ahumado.
Cuánto espesor o claridad me invade. Cuánto seno
desnudo en la noche me espera.
Horizonte creciendo en sol amargo
surca la madrugada interminable que el crepúsculo oculta.
Trémulos navíos, tangible lluvia adormecida,
cómo avanzan los peces sobre el pecho mío. Hincado
de rodillas, viviendo en soledad mi sueño, salúdame la muerte.

Adiós digo a la vida.

Dejadme con el resplandor del alba. Busco soles recónditos
de luna o piedra, atenazando
el azul hermosísimo de la noche profunda.
Antes de que la luz se quiebre,
antes de que mis huesos en polvo cristalicen, quiero
testar, cavar mi sepultura,
hacerme con las huellas de los labios (lo grabaré

en la tierra) un oasis de plumas donde duerman los pájaros
y ya todo silencio me abriré en el agua.

Cuando la luz asoma (Gracia Bailo 1987: 17-18).

Lago de silencio

Mordiendo olvidos muy remotos y ceniza baldía
como muerde con avidez suprema avena
verde el corcel hambriento
o crece sobre el césped la inocencia del agua, solitarios
atardeceres escarlata claman como eco de campana
en la entraña en tinieblas del viento huracanado. Espesos
ríos de iluminados labios, delirantes
insomnios tropicales y ensangrentados mares de agua negra
besos recién nacidos ahogados en el aire.
Estrellas quebrados por delirios de sombra, por tumultos
de nieve calcinada y lágrimas estériles, en medio de un lago
de silencio (diluvio singular) donde rugen atónitas
olas invisibles zozobrando en la noche.

Cuánta sombra y olvido en mi camino, cuánto clamor de pájaro
(me ascendió el abismo) se escucha
allá en la lejanía. De pie y llorando junto al río
donde la yerba crece sumergida, hay regiones
de inmensos corazones que en el agua viven
como besos cansados flotando en su naufragio.
La luz, espejo alucinado, acentúa el místico clamor
de dioses de cartón que en el barro arden.

revelación alzada de dulces golondrinas. Soñoliento
exilio. El mar existe. Sobre él bogan.
Como una llamarada de asombro y sobresalto nace
el amor esbelto como el trigo. Crece en el labio de la tierra
y crece como un niño en el ojo del agua.

Sobre mi alma ardiendo cuánta luz.

Qué hermosa quemazón del sol cuando se ofrece.

Cuando la luz asoma (Gracia Bailo 1987: 19-20).

Águilas sin fatiga

¿Qué día sobrevive a mi esperanza? Mirándome en el agua
arranco de mi corazón, apenas fatigado,
inmensas poblaciones de serpientes nidos de águilas
sin fatiga sajándome los ojos. Cuántas
semanas, cuántos meses, cuántos días imprecando a la noche,
surcando muros de cristal impuro,
me refugio en tormentas de hielo, en tormentas
de arena alucinada pálidamente fría. Qué inquieta está la luna.
Asumo por herencia el dulce desvarío de los sueños que en nada
se asemeja a mi locura que en fuego se debate.
Herraduras coléricas, cómo galopa el tedio por desiertos
de limo sembrados de corceles de luto.
¿Qué día sobrevive a mi esperanza? Invasión de miel,
hundido en el ocaso, surjo como una exhalación de párpados
sonámbulos por el agua aprehendidos.

Con amor creciendo hasta la muerte, me elevo sin esfuerzo
y sueño con un lienzo de púrpura encendida
tejido en torno mío que en viento de ceniza late.
¿Qué sueño de guitarra me deslumbra? ¿Qué pétalo de beso
mi corazón habita? Qué encendido
mi rostro de granito. Cómo sueña. recuerda,
recuerda, pálido como la sal, buscándose, oh sangre
herida, entre la piel espesa de la lluvia
o en el reflejo inextinguible de la luz que asoma.

Percibe, cómo insiste,

el sueño de la piedra en madrugada
de viejos compañeros que en la tierra duermen.

Cuando la luz asoma (Gracia Bailo 1987: 23-24).

Los días grises

Los días grises, fríos, de muerte lenta por relojes seducida
cuya luz me tortura y me deforma si vacila la noche, como
uva retorcida prensada sin esfuerzo por huéspedes de sombra.
Estos días encharcados de lágrimas cruzan pálidos
el húmedo jardín de estrellas inauditas.
Pasión extremada, ola mía, cómo me ardes sin tegua
como sol incipiente de lumbre acicalado.
Mortal fantasma con los pies de plomo humedecido
cómo me llega el fondo, muerdo el aire, tu sonido de tigre.
Cómo cruje en el barro, furia inédita, el lóbrego
camino que recorro con destellos de sombra.

Estatuas de mármol subsisten bajo el mar, subsisten
desgarradoramente tristes en la espuma
y en flechas sedativas mordidas por la arena.
Viento mío de otoño, viento herido,
tu rostro inapresable reflejado en el mar
cómo ahuyenta, con luz apenas,
al lánguido temblor que ambicionó ser ola.
Luz aderezada con sueños de ceniza,
desvanecida lengua plateada de frío, desnúdате
de sombra, desnúdате de azufre y de vinagre.
Voz y memoria enciéndense.

Aire naufragando en llamas, tornado en sueño amargo,
solitariamente, qué noche tan difunta
sobrevive entre hermosas calaveras y auroras de cristal
de corazón gigante que prófugas aún sueñan

entre la sal estéril de la nada.

Perdura, oh mar naciente, perturbado el verso.

Cuando la luz asoma (Gracia Bailo 1987: 31-32).

Acodado en soledad

Ateridos fantasmas un espacio desordenado cruzan

entre sueños y afanes cargados de secretos.

¿Cuál la verdad tangible que la sombra calla?

Colina oscura habitada de abrojos,

de agobios que al amor acechan. La vida es luz

no un astro iluminado que con la noche abdica.

¿Qué parajes hostiles dominan al paisaje?

Abrense a la luz y en la tierra absorben

la inmensa soledad que al hombre no traiciona.

Mis ojos ignorados amantes son del agua.

Furtivos sueños, sueños míos, qué la piedra, sonora

qué esperpéntico el eco

de unas alas caídas en brazos de la sombra.

Acodado en soledad en mi balcón de espuma

insaciable miro mi paisaje de nada.

Que tétrica la noche sin estrellas. Abrid

ventanas que un diamante asoma

por debajo del ala del crepúsculo.

Qué frágil y esbelta vigila la tristeza.

Ardiente beso de un pedazo de mar que se niega a serlo.

Apasionado abrazo (sobresalto en la sangre)

de un río que a la mar me lleva. Transparente

pasión que nunca me abandona.

Tras el agua y el sol la sombra nace,

inconsciente corona de laurel caído.

Una nube extraña cargada de amuletos adiós me dice
sobre un cielo apagado, sobre luces
confusas que a la tierra humillan.
Cuántos sueños ahogados en la niebla.

Me perdí, soy de barro, pero sé que existo.

Cuando la luz asoma (Gracia Bailo 1987: 47-48).

Vivir solo, solo

Puedense deteriorar mis sentimientos, nunca mi luz.
¿Quién podría decirme, mojada la pared de mi memoria, a qué he venido
(la imagen se me hiela) si nada ya me sirve en mi demencia?
Hay momentos que existe (espejo que brilla por sí solo)
como un misterio indescifrable que te arrastra,
sintiéndote más vivo, al ritmo más húmedo del beso cuando nace.
La vida es una zarza dolorosa. La luz qué importa si es de noche
y nada se acomoda al fulgor de mis ojos que en el agua perdura.

Apenas puedo asirme al sol de la mañana. ¿Quién puede
violentar adrede tanta maleza?
A veces me pregunto si hay algo persuasivo
que pueda abrir un hueco a la esperanza. Todo
lo que nos circunda se identifica con la sombra. ¿Podremos
algún día, dejando atrás el vino y la nostalgia,
degustar en el hueco más hondo de la mano
la copa derramada por la aurora?

Este desatento desasosiego que me invita a morir y escucho en voz
ajena, como música enraizada hacia el abismo,
elocuentes plegarias que avivan mi locura.
Nada escucho. Sólo el clamor urgente de mi sangre herida
que sueña alucinada su regreso al hogar materno.
Cuánto llanto heredado, otoño mío. ¿Qué hacer

(la noche te avasalla) cuando has ganado tu pan de cada día y estás solo?
El sol que todo tiene te demanda
del exiguo calor cedido en el invierno.
Callas porque nadie te escucha. Nadie sabe tu nombre.

Vivir solo, solo, entre inmensos matorrales que apenas tallos echan
donde el río cuajado de juncos alineados
cruje y brilla en el aire, música no escuchada,
como un afán oculto y renovado (ignora su destino) del hombre
sobrio que no cesa. Cuánta luz. Amor sólo pretende.

Aún sueña como un niño, como fondo el agua,
con un trozo de mar entre los labios.

Eslabones de sombra (Gracia Bailo 1988: 9-10).

Una luz ignorada

una luz ignorada en la arena amarilla del desierto
no se abre a la sombra ni al viento huracanado, sí a lo alto,
donde el aire húmedo sosiego le ofrece. Incienso delirante.
Cuando uno, a cambio del destierro, con vehemencia a la luz se entrega
no es posible volver la vista atrás ni sentirse
humillado por el túnel oscuro de la noche.
Contigo voy, conmigo vienes a mi balcón de estrellas,
magia inviolable que me quema. Atrás me dejo, sintiéndome
morir hora tras hora, como palabra herida en el espacio,
la ahrina fermentada y la tristeza.

Sin tregua ni pausa, la luz me incita, para alentar más hondo,
aliento sin desmayo, pecho mío, por encima del sol cuando se oculta.
Una voz que no escucho, no se identifica,
o quizá muchas voces sin sosiego, me susurran que es libre
mi aposento de vidrio y sólo el aire
tiene cabida en él. Sin testigos, mi vida ellos la viven,

los frondosos maizales y el jubiloso esfuerzo de las hojas.
Qué inmensa soledad tejida en torno mío.
Siento a veces, zurcido pecho adentro, como un rumor
de agua que no llega. No puede hallar, ignora si es posible su sueño,
la tierra sin maleza que para mí cosecha.

Qué poco necesito, nada pido, en este martes mío casi ajeno a mi vida.
Un pedazo de pan cocido con mis manos. Mi vino
lo bebo muy despacio, sorbo a sorbo, cuando apunta el crepúsculo.
Acaso, si está en plena sazón, mucho
sol para el trigo y lluvia mañanera si aún existe.
¿Quién piensa en el futuro cuando todo está yermo, cuando
todo está ciego en las luces del alba?

Cómo es posible amar si ya es de noche.

Eslabones de sombra (Gracia Bailo 1988: 25).

Un trozo de olmo viejo

Que precoz el impulso, cual música extasiada,
cuando llega, qué dócil, mar adentro, por encima del aire,
y a los ojos cansados, qué espesura de luz, con su brillo deslumbra.

¿Por qué esta pesadilla tan remota? A ritmo de aire helado
y a sueño no nacido a mí me suena.
Todo lo llevo y va conmigo, el ajuar y los libros
y un trozo de olmo viejo para azuzar la lumbre.
¿Cuándo llegaré a mi vieja hondonada?
Allí todo está en oren, todo verde. Venid
todos a mí, confesos del paisaje y la locura.
La calma está en su punto y el pan recién cocido.
No se puede sentir tanto abandono
ni tanta lucidez inadvertida. En vano sólo busco
un velero de oro con alas de cristal

donde pueda sin pausa cobijar mis sueños.

Desengañada, cual página insomne, va conmigo la vida.
Cuánta yedra soñando en mi ventana, Cuánta luz infalible
habitada de imágenes reprocha sin jugo la garganta
igual a un labio que en la noche espera. La paz, ¿acaso existe?,
abreve sin cordura donde la voz segrega.

Las cosas que me dañan me hacen fuerte, me hacen
sobrevivir a mi naufragio, a tanta
piedra helada creciendo en mi camino.
No puedo con la sal ni con la harina, no puedo
aborrecer tanto delirio que me crece
a raudales y a la vida me impulsa.

Al llegar la mañana, como un golpe de escarcha,
sometida a presiones inmortales,
bajo una luz estéril me abandona.

Eslabones de sombra (Gracia Bailo 1988: 21-22).

Oídme, si es posible

Hoy vibro en la penumbra, forjado a media luz con música
y derrota.
Mi pulso nada sabe. ¿No queda tregua para mi esperanza?
El aire me abandona. La sombra es nieve eterna.
Decidme, ¿es que nadie me escucha?
Nada os tengo en cuenta, sabedlo. La mar calla, prisa no tiene.
Sólo sé, ¿será ya por costumbre?, que vuelo a ras del pueblo.
Impulsado ¿por quién? ¿por qué misterio?,
¿por qué nuevo desgarró que me brota del alma?
Río arriba me voy. Encontraré mi choza. Mi despensa
qué humilde pero qué sabrosa. Nadie
podrá negarme, porque es mío, que el trigo aviente al aire

y que en el aire el grano engorde sin reposo.

Lunes de carnaval. Me convoco a mí mismo.

No sé si el cierzo, tan severo y tan ligado
a mi vida, me da lo que deseo. Puedo
renunciar a mis años idos pero no a mi tristeza
que a veces me lastima, lo sé, pero no me traiciona.
Cómo me suena el alba lejanía. Escucho
en la distancia el chasquido violento de mi vida
quemándose en la lengua del desierto. Vedla
(el tiempo nos apremia). Vedla, a pesar de todo,
a pesar de caer en la trampa del sueño
cómo se yergue como el humo, cómo apura la brasa
y cuaja su sollozo en parva estremecida.

No sé si he resbalado, pero sé que he vivido como vive
el toro en la dehesa. Sin tregua al equilibrio.
Oídmeme, si es posible. No dudéis, os lo ruego,
del cielo que me invade. Mar adentro me arrastra.
Sois adictos de honor al canto enajenado de la sangre.

Sé bienvenida, noche mía. A todo me acomodo
como el pez a una charca de agua turbia.

Eslabones de sombra (Gracia Bailo 1988: 32-33).

1. El hombre

Hierro forjado eres con sangre y con reveses,
con ansia en celo alzándote a la vida.
Surcador de los mares más rebeldes buscas
la plenitud de amaneceres, ese
reconciliarse con el agua para pulir la azada
bajo un cielo escarlata de yerba estremecida.

ya nada te acobarda sino el frío
de ese rumor diabólico (la llama amortajada)
que llena los graneros de ceniza. Apenas si percibe
el hiriente rugido de la noche, el dulce
sobresalto de un pueblo que se yergue
cuando brotan, para el sueño propicias,
cascadas irisadas. Ornato y melodía del arado.

Como si nunca más tu voz fuera escuchada
en el bajo relieve de la piedra.
Más una fuerza extraña te recobra, te hace
verdor y viento emancipado,
te hace lazo y deseo de la lluvia. Como
existen, también, minúsculos ríos
y Amazonas frondosos que armonizan la verde
amanecida del paisaje. Amargos
son los días y amargas son las noches sin apenas
al niño, voz, qué pura, se ha quedado dormido
najo la dorada y húmeda alfombra
de las hojas. No puedes, tú lo sabes, despoblarte
de rabia y tristeza. Templa
tu soledad en el camino y en el trago
de vino (azorado el delirio)
que a duras penas bebes cada día.

Eslabones de sombra (Gracia Bailo 1988: 47)

2. El mar

Creciendo en soledad como los versos míos
perdiéndote a lo lejos resplandeces.
Mas es triste tu sino cuando el gozo yace
de espaldas a la luz. Inexorable fondo.
Abriéndome al delirio en tembloroso impulso
y en el alma medrándome el sosiego.

Concibo este milagro, este sentirme
a gusto buceando en el agua
entre algas prodigiosas que mis pies un día
acariciarán con afán de calma.
Por eso, sigilosamente, cuando el trigo
se apiada de la hormiga, cuando
el cielo gris y rojo se cubre de ceniza
bajo una extraña lengua de lagartos dormidos,
hundo mis manos en la arena y cierro
los ojos a la vasta sombra. Entonces, sólo entonces,
vibran las olas sobre el pecho mío.

Desierta está la playa. Pájaros sonámbulos
las orillas rastrean emulando al estío.
Cuánto beso ignorado en los labios del aire.
En este mes de agosto (ardido clavo,
ruiseñor de mi vida) en tu regazo y solo,
Oh mar inmenso, languidecen
mis ojos, se agigantan, se hacen sombra
salobre a semejanza mía.
Sin ningún fin de lucro esculpo, como en piedra,
en la piel hermosísima del toro,
desolados ríos que sueñan con el mar.

Oh mar, la mar, el mar, creciendo
en soledad como los versos míos.

Eslabones de sombra (Gracia Bailo 1988: 48).

3. La piedra

Vas rodando y rodando, piedra mía,
y abres, al azar, surtidores de fuego en el crepúsculo.
A hurtadillas velas la angustia de la noche,
los influjos del alba inseparables,

pero tú, cosa cierta, los intuyes, los impulsas
a sueños prematuros de escarcha sosegada.
Vas y vienes radiante. Cómo escuchas.
Cómo sabes hablar, callada siempre,
con la flor del almendro en primavera, con paisajes
sonámbulos dormidos en el aire. Miras,
insinuando tu gozo, el dulce
pastoreo de las hormigas. Sorprendes
absortos (pájaro extasiado) los ojos de un poeta
y una luz puesta en pie con fugaz plenilunio
te deslumbra. Rotunda y mesurada
te detienes de nuevo en el reloj del tiempo,
en la risa sarcástica del humo
y en la encina violada por el rayo. Sombras
inmortales deterioran la tarde, la hacen
a semejanza del dolor sentido
por el hombre acosado por tanto dejamiento.

Arde la madrugada ensangrentada
y tú, presente, piedra mía,
adolescente y vieja como el odio,
huérfana de calma y amiga de la muerte.
Con húmedo delirio alucinado
presientes la zozobra de los peces
y el sol casi humillado del invierno.

Hoy propicia al lirismo de acomodas
en la cima de todo lo creado.

Eslabones de sombra (Gracia Bailo 1988: 49).

4. La tierra

La razón se estremece (qué espesa madrugada)
cuando presiento como un viento extraño

que no dice palabras pero sí me habla. Entonces
me abandono como la aurora del día.
Veo en el fondo de la tierra ávidos paisajes,
bocas que aman con esplendor de nube.
Asimismo un beso crecido bajo lluvia
(hermosa brasa adolescente)
ardiendo como tea enajenada y hallado
ensimismado sobre el fuego de luces soñolientas.
Cuando mis pies, casi ignorados, posos sobre
tu piel sedosa, como un escalofrío me ilumina
lo mismo que si rozo los senos de la amada.

Tierra purísima de agua dulce y salobre
con verdor de lumbre y estrellas ajenas a lo oscuro.
Al pronunciar tu nombre muros de sal hiriente
me niegan el impulso (fruto ganado por la espera)
de abrir los ojos celosamente, con el rubor
de un niño, a tu celeste vuelo.

Valles ensangrentados de ababoles dan un fondo
de amor a tu grandeza, un prodigio afán
latiendo con codicia en armonía.
Mas existe el amor y existe la tristeza
y absorto existe en el estío
un diáfano embeleso, una luz sosegada.

Hermosas calaveras de palomas
abren el cielo a mi soñar cansado.
Soledad por la sombra alimentada
me arrastra, tierra mía, hacia tu húmedo vientre,
hacia tu luz más alta, hacia la vida.

Eslabones de sombra (Gracia Bailo 1988: 50).

5. El fuego

Abrazarme quisiera a tu llama más alta
cuando todo es oscuro en torno mío.
Dicen y digo, igual cada mañana, que en el ojo
del aire ondea el desespero,
que todo se hace calma cuando la noche duerme.
Estéril mordedura de la sombra. Apenas
con esfuerzo me acomodo en el mágico
valle de las voces eternas. Cuando el fuego
se apiada y la furia depone,
la lluvia turbada a ciegas deambula.
Si hay ceniza que impulsa discordias al paisaje, a ritmo
enloquecido languidece. Qué febril armonía
cuando en el árbol crecen con medida
y suma sencillez trémulas hojas,
que apenas se adivina del tallo que han brotado.

En las horas de siesta cuando sangran ebrios
y aislados brotes de tristeza
y la tierra se cubre de elocuente nostalgia,
te requieren los niños que en las noches de estío
sueñan, todavía, dormidos bajo el agua.
Ya calmado, retornas sin soberbia, retornas
sin destino, retornas ignorado
a postrarte y dar forma a tu locura.
Mas no buscas la tregua, la tienes olvidada,
buscas la soledad bajo la acacia.
Arañando verdores a la aurora, surges,
ingrávido, del misterio del humo.

Llama equinoccial de ávida y fecunda brasa:
eres intimidad nocturna,
soliloquio encendido en brazos de la piedra.

Eslabones de sombra (Gracia Bailo 1988: 51).

Esa luz que nos llega

Con creciente agonía a cuestras voy con ruinas invisibles,
con alas aturcidas que tiemblan en el aire. Cosa
cierta que apenas sobrevuelo a ras de tierra, que apenas
me ilumina con su luz el sol que aún sueña en los veranos.

Agosto no demora su cobijo a todo que me anida en lo más hondo.
Gozar en cada instante de esa luz que nos llega,
que nos roza la piel y sobrecoge el alma
y todo se hace eterno en lo más alto.
Demencial y gozosa como luna
incierta, la palabra se agita alucinada con la hermosa
utopía de un mar que enhebra sueños
y esculpe su locura en la efigie del agua.

Ocio mío. Mi dios que la nieve revoca, mi dios
enajenado y más sincero. El hombre
no comprende el rocío que emana de sus manos
ni intuye ni sospecha el frío que lo acosa.
La vida no se inventa, se construye, se hace a golpes
de luz y a zarpazos de sombra
y se nutre e esfuerzo y de penuria.

Me he perdido en la recóndita esquina de la tarde.
Eterna soledad de mi tristeza. Cómo
busco en el mar mi delirio perdido. Acaso se halla
en la espuma que cala o puede que en el aire.

La piedra, absorta en su reposo,
soñando de sí misma se estremece. Dejadme
ahogado con mi pena y con mi muerte.

Eslabones de sombra (Gracia Bailo 1988: 55).

Buscándome en el agua

Con tenue excitación, casi obsesiva, y a ráfagas de viento
insinúo al verano mi tristeza. Perla mía, madrugas y es ya de noche.
Cómo la adoro y vendo a bajo precio.
Siempre, cómo la siento, la imagen gris me alfombra los caminos.
Hay tanto sortilegio en la alborada que luz
me da y el sosiego me niega. Qué oscura, torre mía,
amanece la ruta de mis sueños.

Rota y frágil despierta en mí la aurora. Mi nave zozobrando.
No busca el gozo ni el clamor ni el odio,
mas bien busca el latido de los surcos. Busca, desazonada,
el rescoldo amarillo de una brasa excitante
o el rojo amanecer que es voz del aire.

Inútil el rencor y la soberbia. ¿Qué crece más deprisa?
Inútil el destierro, cómo otorga,
de la fiebre, rumor o duda. La paz se halla
con la muerte. lavar anclas con remos
de vidente espuma, con dóciles palomas que susurran
cuando la tarde muere, cuando todo se ha ido
y nada ya nos queda. La cancela del viento qué callada.
Insinuándose, cómo escucha. Sólo abierta y desnuda
para el beso. Sólo desarraigada
hacia la sombra, hacia el olvido.

Sólo el mar conoce la claridad del alba, que dúctil aposento,
el canto enajenado de las olas, la torturada pausa
de las hojas lacradas de un otoño incipiente.
Solo, siempre solo. Cuánto delirio.
Buscándome en el agua y en la zarza, no en la sombra,
buscándome en el mar.
Buscándome en el grano no en la vaina.

Buscándome. Buscándome.

Eslabones de sombra (Gracia Bailo: 56-57).

Te siento junto a mí

Madre: aún me huele a incienso enamorado tu blusa
de domingo y a ron la trasnochada. Padre bebía con decoro.
Esperanza, mi hermana, jugaba con el aire a ser princesa
y mi hermano Amador, con gesto ensimismado, contaba
las estrellas una a una.

Junto al huerto que medran los membrillos de oro
la tarde y el verano se han dormido
y tú, rezando, madre mía,
rezando por tus hijos con trémulo recogimiento.
Qué resplandor de cielo cuando el alba te escucha.

Te siento junto a mí rozándome los ojos, sofocando
el incendio de mi herida, zurciéndome
la ropa que me pondrá mañana si el sol no me abandona.
Madre, háblame. Si vieras cómo crece sin esfuerzo
tu insomne pena bajo tierra.
Aún queda, el resol no declina, mucha luz en el río.
Padre ha dicho que la noche vendría.

Andad despacio, sueños míos, por encima del hielo si amanece.
Mi corazón, qué abúlico y cansado.
Apunta, no muy lejos, la gran noche. Cómo
tiembla la escarcha en la alborada. Tu voz era mi guía.
Cuánta ceniza blanca, espejo mío, emana de tu boca.
¿Quién podría ponerme a salvo la cordura?
En mi vena más pura (cómo fluye el candor que me has dejado)
te yergues, madre mía. Dame tu luz, dame tu aliento

y dame tus ojos de piedra, luna y agua.
No es mi sangre es tu muerte quien me aflora
y la llevo conmigo y se acomoda donde el cierzo
no frustra el fulgor de la espiga.
A tus labios signados de amaranto ya les falta
color y aún me sonríen. Ah cuán dulces tus besos.
Se han quedado de piedra, se han quedado, pozo adiestrado
por la sombra, de sal alucinada y de ceniza.

Adiós, madre, qué trago. Adiós hasta el diluvio.
Así de lleno y de sencillo, como muere
la rosa sin el agua o muere sin zozobra la paloma.

Padre ha dicho que a la noche vendría.

Eslabones de sombra (Gracia Bailo 1988: 67-68).